

SOY MADRILEÑO
Crónica del tiempo de Luis Candelas
(Folletín teatral en catorce entregas)

Personajes

MUÑOZ, esposo morganático de la reina	JOSEFA
LA PUTA NAPOLITANA, reina María Cristina de Nápoles	EL MORENO
LUIS CANDELAS, «Luis de Zambrano»	MOZO
HERMANOS DE LA PAZ Y LA CARIDAD	PEDRO DE ALCÁNTARA
EL TUERTO	SURIPANTA
CALABOCERO	UNA SEÑORONA
MOZO 1	UN CIUDADANO
MOZO 2	UN RANDA
LA MADRE	POLIZONTE
LA COMADRE	JEFE DE POLICÍA, teniente coronel de Caballería García Chico
EL CURRIYO, el Sastre y el Marquesito	MINISTRO DEL INTERIOR, Francisco Javier Istúriz
EL Balsa	
UN CHICUELO	OTRO POLI
UN INGENUO	EMBOZADO
EL TRAGABUCHES	POLIZONTE 1
UN EXALTADO	POLIZONTE 2
EL GUARDIA ASTURIANO	POLIZONTE 3
EL GUARDIA ANDALUZ	MARÍA MANUELA, mujer de Luis Candelas
EL TRAGANIÑOS	CRIADO
UN BORRACHÍN	«GITANA», polizonte 1
EL GATO	«AGUADOR», polizonte 2
EL GALLO VALLECANO	«POBRE DE SAN BERNARDINO», polizonte 3
TOCINERO	SALUSTIANO OLÓZAGA
PETIMETRE 1	MARCELINO
PETIMETRE 2	BENI
COMERCIANTE	CHICUELA
SEÑORA DEL COMERCIANTE	CIEGO GUITARRERO
LOLITA LA NARANJERA	POETISA
DOÑA MARGARITA	CORO
UN MAJO	PROHOMBRE 1
EL BALSEIRO	PROHOMBRE 2
JOSÉ DEL CAMPO	PROHOMBRE 3
LEANDRO	PROHOMBRE 4
EL DEL PESO	SACERDOTE
IGNACIO GARCÍA	HERMANO 1
EL PABLO	HERMANO 2
JULIÁN	

PRIMERA ENTREGA. EL GUARDIA Y LA PUTA NAPOLITANA

De cómo la reina gobernadora, doña María Cristina de Nápoles, conoce la sentencia de muerte dictada contra Luis Candelas estando en el tálamo morganático.

Nos hallamos en la cámara íntima de su majestad la reina gobernadora doña María Cristina de Nápoles en el real palacio. La reina gobernadora, en semejante trance, parece responder mejor el apelativo de «LA PUTA NAPOLITANA» con que es más conocida por el populacho madrileño de Lavapiés, ya que su ropa interior, complicada y llamativa, sus carnes más bien opulentas escapándose a rebanadas del corsé y de la liga que aprieta el muslo, las guejetas de ramera desencadenadas sobre sus hombros crean la imagen perfecta de la buscona opulenta de las esquinas de Nápoles. Su lenguaje, en la intimidad, con su morganático esposo, MUÑOZ, el hijo de la estanquera de Tarancón, tampoco es demasiado palaciego ni aristocrático.

LA PUTA NAPOLITANA.— *(Yendo hacia la puerta del cuarto de baño y dando unos tremendos porrazos en la madera finamente artesonada.)* Ma Santa Madonna, ¿sales o no sales? ¿Me vas a tener aquí tutta la sera?, ¡peccato!... ¿Mi senti? ¿Mi senti, mio cornuto, o non mi senti?.. ¡Oh, corpo di Satane!... ¿Estás leyendo la gaceta? Oh, sicuro, sicuro... *(Volviéndose irritada y cruzándose los brazos.)* Questo porco si legge tutta la gazeta al tempo que caga. E dio qui... *(Volviendo a dar golpes en la puerta, ahora con el atizador de la chimenea, los golpes de su majestad napolitana hacen saltar las esquirlas del precioso artesonado de la puerta.)* ¿Mi senti?... ¡Io sono la regina, la regina, ¿capito?!... Ed io ti domando que...

(Al fin, claro está, se abre la puerta y aparece su morganático esposo, el MUÑOZ, con toda su fachenda de guar-

dia de Corps, apuesto y chulapón. Lleva sobre los hombros la bata de brillante seda y en las manos un papel. La reina gobernadora parece que va a arañarle, pero, en un arrebatado de pasión napolitana, lo que hace es echarse a su cuello y comerle a besos, apretarle la garganta como si le ahogara y hacerle caer en la cama, donde le posee rotundamente entre un revuelo de gasas, encajes, pantorrillas y pies bailoteantes.)

LA PUTA NAPOLITANA.— Súbito, súbito, súbito... Mio amore... Non posso piu, non posso piu... Oh amore, amore, amore... Lascia mi, lascia mi... ¿Dove lo hai?... ¿Dove lo hai? Qui, qui, qui... Oh, oh, oh... *(Jadea la perra napolitana.)*

MUÑOZ.— Tranquila, tranquila, tranquila... Pero déjame. Pero, Crista, que no ties espera...

LA PUTA NAPOLITANA.— ¿Non sei hombre tu? ¿Dove hai quello deglie uomini?

MUÑOZ.— ¡Oye!..., ¡ay!... *(Se retuerce ante los pellizcos de la fulana.)* Oye, un respeto. Un respeto también, leche...

LA PUTA NAPOLITANA.— Io ti divoro, ti divoro, ti divoro... ¡Ah!..., ¡ah!..., ¡ah!... *(Parece, efectivamente, que le despedaza a mordiscos.)*

MUÑOZ.— Tranquila, tranquila, Crista... ¡Oy!... Te voy a poner negra, mira, como coja el..., te caliento de verdad... Pero... *(Al fin el morganático esposo se acompasa al furor erótico de la esposa y, volviendo a sus tiempos de guardia de Corps y estanquero de Tarancón, cumple con el napolitano deseo de la cónyuge.)* *(Acariciando el pelo sedoso de la coima.)* Bribona, bribona, briboncilla napolitana, que tanto me hace sufrir...

LA PUTA NAPOLITANA.— *(Dándose la vuelta y dejando todo su majestuoso cuerpo a la vista de su esposo.)* Oh, mío bandolero, mío españuolo, y come amai quando vuoi... Ven acá, ven acá, chato, chatillo, chati mío... *(Vuelve a las andadas.)*

MUÑOZ.— Estás hoy... Ni que hubieras cenao criadillas de toro, maja...

LA PUTA NAPOLITANA.— Tutto il giorno, tutto aspettando questo momento... *(Alzando de pronto los brazos en un ademán trágico muy italiano.)* E molto triste tener que fare il amore a escondidas. ¿Por qué, mío caro, por qué tenemos que amarci a escondidas? Oh, ¿por qué?... *(Ahora llora compungidamente apoyada en el hombro morganático del apuesto MUÑOZ.)*

MUÑOZ.— (*Muy filosófico.*) Ah, la vita, la vita. Il protocolo, cara. Todo tiene un precio y tú tienes que pagar por ser reina...

LA PUTA NAPOLITANA.— A ver si de una puta vez arreglamos quello. ¡De una puta vez...!

MUÑOZ.— (*Muy escéptico.*) ¿Arreglar la Constitución? Anda y díselo a Mendizábal, y verás la que...

LA PUTA NAPOLITANA.— ¡Ah il porco, quel porco! Como le..., le retorcería, (*Lo pronuncia muy bien, deletreándolo.*) le re-tor-ce-ría el cuello al porco ese. Por su culpa dobbiamo fare il amore a escondida. A escondidas. L'amore, guarda, l'amore... (*Solloza como una heroína de ópera en un aria trágica.*)

MUÑOZ.— (*Apretándole las narices.*) ¿Lo ves? Así te pagan el haberte dao a los liberales de mierda. Teniendo que tener a tu esposo escondido...

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Dando un salto en la cama y colocándose de pie er-guida como una tanagra.*) ¡Liberales, corpo di Cristo, cabrones, cabrones...! Había que haberles, haberles...

MUÑOZ.— (*Dirigiéndola como un maestro de escuela.*) A ver, a ver, Crista, a ver si sabes decirlo: había que haberles...

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Haciendo un esfuerzo mental.*) Había que haberles (*Casi gritando.*) ¡dao por culo a esos liberalessss! (*La ese se desliza de sus labios como una serpiente. Su marido palmotea.*)

MUÑOZ.— Como la mejor chulapa de las Vistillas. ¡Ole mi jembra...! Amos p'allá... (*Se tira a ella y caen de nuevo en la cama, tomando él la iniciativa. Susurrando las palabras a su mayestática esposa, que ahora yace entregada a su erotismo español.*) Pero no te preocupes, chica. Mientras tengamos la noche pa nosotros, a ellos que los den por culo... Nosotros tenemos estas noches, estas dulces y plácidas noches, para gozarlas los dos juntitos, y ellos andan por ahí de intrigas, de zancadilleos, jodiéndose unos a otros, mientras nosotros lo hacemos aquí, mía cara, en paz y en gracia de Dios... No te preocupes por esos...

LA PUTA NAPOLITANA.— Grazie, grazie, mío caro, mío bandolero, mío esposo, mío, mío, mío...

MUÑOZ.— Sosiégate, y no pienses en esos negros de mierda...

LA PUTA NAPOLITANA.— Oh, mi Ferdinando bien decía aquello de...

MUÑOZ.— «Este rey Fernando / cara de pastel / a negros y blancos / os ha de joder.» Pero si ya no tienes a tu Fernando, aquí tienes a tu Muñoz, que,

por muy morganático que sea, lo tie todo en el lugar que corresponde.
¿O no?

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Volviéndose a entregar a él.*) Mío Muñoz, mío Muñoz...

MUÑOZ.— Morganático esposo, por mor de la Pepa esa, pero fiel como el primero...

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Al aludir a la fidelidad su hombre, no puede impedir un respingo.*) Oh, quello... Non so... Quello non sei sicura...

MUÑOZ.— Oh, ¿todavía estás en la idea esa de lo de la Sidora...?

LA PUTA NAPOLITANA.— La Sidora, la Sidora y la Paula y la Colasa y la Paca y todas le puttane de Madrid...

MUÑOZ.— (*Dándole unos besitos muy tiernos.*) Ay, Crista, mi Crista con sus celitos, sus celitos napolitanos...

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Ha metido la mano en el bolsillo de la bata de su marido, con toda la intención del mundo, y ha sacado el papel que el susodicho se guardó cuando salía del baño.*) ¿Celos? ¿Celos? E ¿quello?... ¿Cosa e questo?

MUÑOZ.— (*Lanzando una risotada y tratando de quitar el papel a la reina.*) Una cita de amor. ¿Qué otra cosa puede ser?

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Fingiendo ira*) ¡Ah, porco, ah, maledetto...!

MUÑOZ.— Trae acá... Anda, trae eso, que es un documento muy importante...

LA PUTA NAPOLITANA.— ¿Cosa é? Lascia leggere... (*Intenta leer el papelillo, pero lo tiene al revés. Su marido le da la vuelta.*)

MUÑOZ.— De todas maneras, Crista, sin los anteojos tampoco lo ibas a leer. Trae acá...

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Que ha sido vencida por la curiosidad.*) ¡Legge, legge! Voglio sapere.

MUÑOZ.— (*Que ha rescatado el papel.*) ¿Qué quieres saber? ¿Cuál es la pe-landusca cortesana que me hace ahora la rosca? Pues...

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Dándole un capón entre bromas y veras.*) ¡Ah, cattivo...!

MUÑOZ.— (*Remedándola.*) Ah, cattivo. Parece siempre que estás cantando una óperaaaa...

LA PUTA NAPOLITANA.— Bribone...

MUÑOZ.— Puttana...

LA PUTA NAPOLITANA.— Ubriacco...

MUÑOZ.— Ramera...

LA PUTA NAPOLITANA.— Cabrone...

MUÑOZ.— Borbona...

(Todos estos insultos han ido desgranándose de una manera cariñosa y dulce, llevados por la costumbre de los ocultos saraos eróticos.)

LA PUTA NAPOLITANA.— Ma voglio sapere, ecco, cosa dice...

MUÑOZ.— *(Volviendo al papel.)* Pues mira, si he de decirte la verdad, chica, no sé lo que es esto. Me lo dio Morales hace un rato diciendo que era cosa de urgencia...

LA PUTA NAPOLITANA.— ¡Allora!..., si es cosa de urgencia..., *(Señala la chimenea encendida.)* ¡al fuoco...!

MUÑOZ.— *(Que ha deletreado no sin cierta dificultad el encabezamiento del papel.)* ¡Hola!... Pero si va dirigido a ti, Borbona... Sí, sí... Es una carta.

LA PUTA NAPOLITANA.— ¿Una lettera?

MUÑOZ.— Una lettera... Y mira: A Su Majestad la Reina Gobernadora... y la firma, la firma...

LA PUTA NAPOLITANA.— ¿Qui ha il atrevimento di...?

MUÑOZ.— Hola..., la firma Luis Candelas... Luis Candelas...

LA PUTA NAPOLITANA.— ¿Luis...?

MUÑOZ.— *(Cogiéndola del pelo en broma y volviendo a fingir el folletín operístico.)* Ah, puttana... ¡Conque ahora me engañas con el ladrón de los Madriles! Castiza tenías que ser, joía...

LA PUTA NAPOLITANA.— *(Interesada, al igual que su esposo, por el nombre que ha aparecido en la mente de ambos como un relámpago.)* Luis Candelas...

MUÑOZ.— Luis Candelas...

LA PUTA NAPOLITANA.— *(Muy interesada.)* ¿Cosa dice? Legge...

MUÑOZ.— ¿Quieres que te la lea?

LA PUTA NAPOLITANA.— Súbito...

MUÑOZ.— Ay, madonna, a lo mejor te leo tu sentencia de muerte, porque si me vas a engañar con un ladronzuelo, no veas...

LA PUTA NAPOLITANA.— *(Que empieza a impacientarse.)* ¡Ma legge, peccatto...!

MUÑOZ.— (*Acercando el papel a un quinqué.*) Hum... «Señora: Luis Candelas, condenado por ladrón a la pena capital por la audiencia territorial, a Vuestra Majestad desde la capilla acude reverentemente...»

LA PUTA NAPOLITANA.— (*En un arranque de sincera compasión.*) ¡Santa Madonna...!

MUÑOZ.— No estaba enterado, fíjate... Condenado a muerte...

LA PUTA NAPOLITANA.— A morte... (*Lo ha dicho como en un eco lúgubre.*)

MUÑOZ.— Escucha, que es un poco largo... «Señora: no intentaré contristar a Vuestra Majestad con la historia de sus errores en la descripción de su angustioso estado. Próximo a morir, sólo implora la clemencia de Vuestra Majestad...» (*Dejando de leer.*) ¡Anda la órdiga...!

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Que parece afectada.*) ¡Santa Madonna...!

MUÑOZ.— (*Volviendo a la lectura.*) «... a nombre de su augusta hija, a quien ha prestado servicios y por quien sacrificaría gustoso su vida, que la inflexibilidad de la ley cree debida a la vindicta pública y a la expiación de sus errores... (*MUÑOZ deja de leer al ver que su costilla se limpia las lágrimas.*) ¡Sigo, Cristinita?

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Con voz quebrada.*) ¡Sigue, oh, sigue...!

MUÑOZ.— «El que expone, señora, es acaso el primero en su clase que no acude a Vuestra Majestad con las manos ensangrentadas: la fatalidad le condujo a robar, pero no ha muerto, herido ni maltratado a nadie...» (*Dejando de leer.*) El muy bribonazo...

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Llorosa.*) Il povero... Legge, legge, legge...

MUÑOZ.— «... El hijo no ha quedado huérfano, ni viuda la esposa por su culpa. ¿Y es posible, Señora, que haya de sufrir la misma pena que los que perpetraron esos crímenes? He combatido, Señora, por la causa de vuestra hija...»

LA PUTA NAPOLITANA.— (*Dando un respingo.*) Allora es liberal... ¿Es liberal quel cornuto?

MUÑOZ.— Espera, leche. Deja que termine... «He combatido, Señora, por vuestra hija. ¿Y no merecerá una mirada de consuelo? Ah, Señora. Esa grandiosa prerrogativa de ser árbitra en este momento de su vida, empleadla con el que ruega próximo a morir. Si los servicios que prestaría a Vuestra Majestad si se dignase a perdonarle son de algún peso, creed señora que no los escaseará. Si esta exposición llega a vuestras manos, ¿será posible que no alcance gracia de quien tantas ha dispensado? A Vuestra

Majestad, Señora, con el ánimo de quien sabe a la hora que ha de morir, ruego encarecidamente que le indulte de la última pena para pedir a Dios vea Vuestra Majestad tranquilamente sentada a su augusta hija sobre el trono de sus mayores... Capilla de la Cárcel de la Corte, a 4 de noviembre de 1837, a las doce de la mañana. Luis Candelas Cajigal...»
 ¡Anda, chúpate esa...! *(Y entrega a su costilla el papel, que lo coge, se lo lleva a las narices para olerlo y queda suspensa sin la emoción primera.)*

LA PUTA NAPOLITANA.— Dicen que es un perdis simpático... Un uomo davvero... ¿Tú lo llegaste a conocer?

MUÑOZ.— ¿Yo? ¿Y cómo había de conocerle?

LA PUTA NAPOLITANA.— Fue el que robó a la Vicenta, mi modista. ¿Ricordi? Quel robo... *(Airada de pronto.)* E quella puttana me dijo que no le había pagado los abrigos de astracán... ¡La muy puttana...! Ay, Muñoz, guarda, io non son...

MUÑOZ.— Dime, Crista, pide por esa boca, ordena...

LA PUTA NAPOLITANA.— Si fuera possibile... Tan giovane...

MUÑOZ.— ¿Posible? ¿El qué? ¿Indultar a ese perdido? Estás loca...

LA PUTA NAPOLITANA.— ¿Per qué?... ¿Per qué non e possibile?

MUÑOZ.— Pero ¿no te das cuenta, Crista? ¿No te das cuenta de que todos sus amigos liberales, esos que dicen que apoyaron a tu augusta hija, no te lo perdonarían? ¿Y qué me dices de los masones?, ¿eh? De los hermanos del tal Candelas. Tú qué sabes, mujer, tú qué sabes... Trae acá... *(Coge el papel y va a echarlo a la chimenea, pero ella le detiene.)*

LA PUTA NAPOLITANA.— No, no lo quemes... Aspetta...

MUÑOZ.— No hay nada que hacer, ragazza. Si alzaras un dedo, sólo un dedo por ese perdido, los putos liberales levantarían ante la opinión pública el velo de nuestro casorio y a coger el petate los dos, y tu Isabelita se quedaba sin trono. Hazme caso. Tranquila. Nada...

LA PUTA NAPOLITANA.— Oh, terribile, terribile. ¡Un uomo cosi giovane...!

MUÑOZ.— No es tan guapo como dicen. ¿Sabes? Es pequeñajo. A mí me llega por aquí... Y es un ladronzuelo. Un ladronzuelo...

LA PUTA NAPOLITANA.— Un ladro, un ladro. ¿E qui non e ladro in questo paese? ¿Qui?

MUÑOZ.— *(Alzando su dedo en aguda sentencia.)* Ahí, ahí has dicho la verdad, Crista, ¿quién no es ladrón en este país? Pues ahí está la cuestión,

ahí mismamente, cara mía, que hay demasiada competencia. Todos esos ministros que no hacen más que robar tenían mucha envidia a Candelas, porque Candelas robaba con arte, con arte fetén, y no como ellos, con mala traza. ¿Capito? Candelas les pone a todos en evidencia y por eso quieren eliminarle. Hazme caso, que yo conozco el paño. Tú tranquila y que ese pillastre vaya a ponerse el corbatín de acero que estatuyó tu esposo que en gloria esté, y no hablemos más... (*Guarda el papel en el bolsillo.*)

LA PUTA NAPOLITANA.— E triste, molto triste...

MUÑOZ.— La vita, la vita... La vita é triste. Pero a cada puerco le llega su San Martín... No te metas en líos. Crista, por nuestro secreto matrimonio no te metas en líos. Ya sabes que si descubren nuestro casorio...

LA PUTA NAPOLITANA.— Oh, no, no... (*Abraza a su cónyuge.*)

MUÑOZ.— (*Abrazado a ella y acariciándola el pelo.*) Yo haré lo que pueda. Veremos si se puede hacer algo con esos cabrones. Qué sé yo..., hasta forzar una fuga. Pero hablar a los ministros, no, créeme, no, que son unos jodíos envidiosos. Los conoceré yo...

(La PUTA NAPOLITANA se deja estrechar entre los hercúleos brazos de su apuesto guardia de Corps, mientras la carta del pobre Candelas resbala hasta caer en la alfombra, iluminada por el resplandor rojo de la chimenea, como en un fatal presagio.)

SEGUNDA ENTREGA. ADDIO A LA VITA

De cómo Luis Candelas no termina de creerse que vayan a llevarle al garrote vil.

En el «Saladero», o séase, en la cárcel de la villa, el susodicho Luis CANDELAS Cajigal consume sus últimas horas de vida a compás de la succulenta cena que le han traído los carceleros, como es costumbre cuando se trata de los condenados a la última pena, y en el caso que nos ocupa, tratándose del famoso ladrón de los Madriles, la cosa alcanza notable solemnidad. Pero LUIS CANDELAS, rebosante de su vida treintañera y su historia chulapa y arrojada, no termina de creerse, naturalmente, que vaya a terminarse su historia. Ni tampoco parece creerlo el TUERTO, carcelero que lo atiende muy paternal. LUIS CANDELAS ha alejado arteramente a los HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD, que con su semblante torvo asisten a la escena en el otro extremo del gran camaranchón, pasando el rosario entre sus amarillos dedos cadavéricos. Es a prima hora de la noche y fuera se oye el bullicio del Madrid popular: guitarras, cascabeles, gritos de niños, etc.

CANDELAS.— *(Mojando pan en salsa de tomate y llevándose a la boca, que queda pintada de sangre.)* Superiores, sí señor, superiores están estos huevos con atún... Pa chuparse los dátiles, compare e mi alma, te lo dice el que lo es, Luis Candelas... Prueba si quieres...

TUERTO.— Tú come, niño, come. Que a mí me da gozo verte comer así. ¡Cómo se nota que estás en la flor de la edad...!

VOZ LÚGUBRE Y LEJANA DEL HERMANO DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD.— Ave María Purísima...

CANDELAS.— Hay que aprovecharse, que de éstas caen pocas...

TUERTO.— *(Hablando con un dejo trágico, que trata de evitar.)* Que no sea la última, hijo, es lo que hace falta...

CANDELAS.— *(Levantando la cabeza y moviéndola como un gallito peleón.)* ¿La última? ¿Va a ser ésta la última? ¿De qué, ninchi? ¿O es que te crees que este cuello va a ir a ponerse el corbatín mañana?... ¿De qué?...

TUERTO.— Valiente disparate. ¿Quién iba a decir semejante cosa? Estaría bueno, niño... *(Trayendo otra fuente de guiso.)* Aquí ties tus callos. A ver si están como te gustan...

CANDELAS.— *(Oliendo muy sibarita.)* Huele que...

TUERTO.— Pos si güelen bien, mejor sabrán... Anda y mete el cucharón...

CANDELAS.— Lo que pasa es que voy a reventar de tanto comer, y en ese respectivo sí que puede llegar el resultado de que la palme y sea la última manduca...

TUERTO.— *(Ofreciendo, muy celestinesco, el jarro de vino.)* Pa eso está aquí el Valdepeñas que no premitirá...

CANDELAS.— ¡Y ele!... El Valdepeñas... *(Elevando el vaso y poniéndolo al trasluz.)* ¡Compañero de mi vida, compare grande que tantas penas me quitaste en esta vida!... *(Tras una pausa y bajando el vaso con voz grave y cavernosa.)* Y espero que me sigas quitando... *(Echándose el vaso al coletto.)* ¡Adentro de nuevo y adelante...! *(Al carcelero.)* Tómame otro tú, Tuerto...

TUERTO.— Eso sí... Ahí sí que te acompaño, que pa otra cosa no está uno ya en edad... *(Beben los dos.)*

CANDELAS.— *(Chasqueando la lengua después de apurar el vaso.)* Fíjate lo que te digo, compare... El día que me toque rendir cuentas al Dios que está en los cielos, que espero que sea tarde, yo pienso ir y decirle... (porque yo soy creyente, aunque digan por ahí que soy masón de éstos), pues voy a decirle a Dios: «Compare, si te tengo que dar gracias por algo que me ha dao la vía, ha sío por ese vino de las cepas valdepeñeras que tanto me ayudó a pasar los malos trances. Gracias a esos buenos, tragos, Dios mío, pude soportar los malos que me dieron». Eso le vaya decir al Padre Eterno. Palabra de Candelas...

TUERTO.— *(Que parece muy emocionado.)* Y... Él sabrá agradecértelo, porque su hijo Jesucristo por algo lo bendeciría, digo yo...

VOZ LEJANA Y CAVERNOSA DEL HERMANO.— Ave María purísima...

CANDELAS.— Y también tendría que darle las gracias por estos dátiles que me dio, gloria de mi familia, de mi barrio y mi pueblo, Madrid de mi alma, que han sabido abrirse camino por todas partes...

TUERTO.— ¡Y ele, niño...!

CANDELAS.— (*Que ha empezado a atacar la cazuela de callos.*) Están superiores los callos. También habría que dar las gracias al Señor por los callos que nos hemos comido en tos estos años. Cazuelas de callos en las tabernas de Lavapiés, en el Graznío, la Imperial, el Trucha, la Almudena..., con güenos compares como el Paco, el Balserio, la Aurorilla, el Matarene, la Bingarda, el Mostarajo... ¡Ay, leche, que Madrid es mucho Madrid y no se olvida en un decir Jesús!... Figúrate. Tuerto e mi alma, que lo único que yo siento en estos momentos es no estar callejeando por las calles de mi pueblo, mi Madrid de mi alma. Eso es lo único que yo siento ahora, no estar rompiendo los faroles de la Puerta e Guadalajara, ni correteando por las Cavas de tasca en tasca, de candil en candilejo. ¡Cuando a esta hora Madrid es una bullanga de cantes y rebuznos, cada cual en su puesto! Eso es lo que siento, que otra cosa, na. Porque a mí no me apiolan así como así... ¿Eh, Tuerto?

TUERTO.— ¡Digo!..., a ti. Pues no ties que limpiar faltriqueras ni na, ni bolsos que has de arrejuntar. ¡Pa un día, ni dos...!

CANDELAS.— Y que soy Luis Candelas y soy madrileño. ¡Na, pa decirlo de una vez...! (*Masticando lentamente los callos.*) Estos callos están fetén, compare. Una pena que no tengas dientes...

TUERTO.— Ya ves tú... Yo sí que he cumplío...

CANDELAS.— (*Iluminado por una idea.*) Oye, una cosa quería preguntarte. Ahora me viene a la chola. ¿Es verdad que está aquí Manolo Lucas, el torero?

TUERTO.— Anda, pos claro. Y creí que lo sabías. Condenado al... corbatín tamién...

CANDELAS.— ¿O séase que es verdad, que a ése lo llevan tamién al palo?

TUERTO.— A ése no le salva ni la paz y la caridad. ¿No ves que tie las manos manchás de sangre...?

CANDELAS.— Sí, ya lo sé. Dio de cuchilladas a un asolutista. No estamos en el mismo caso. Alza... (*Levanta satisfecho el vaso y vuelve a beber.*) Pero eso no quita que el maestro Lucas sea un torero con toas las del veri. Por muy «negro» que sea, oye. Que yo le he visto mover el percal en la plaza y...

TUERTO.— Poco lo va a mover ya...

(VOZ DE LOS HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD *bisbi-seando lúgubrementemente las avemarias.*)

CANDELAS.— Oye, Tuerto. ¿Y no podría venir el maestro Lucas a compartir la cena conmigo? Yo lo convidaba de buen grado. ¿Eh?

TUERTO.— Imposible. Está aislado. Pronto bajará aquí sólo, como tú, y entonces...

CANDELAS.— (*Lleno de arrebatado.*) Será cuando yo esté libre y feliz bajo esos cielos de mi Madriz de mi alma...

TUERTO.— Así será, si Dios lo quiere...

CANDELAS.— Pues oye: si el maestro Lucas no pue venir a compartir esta cena, mándale esta fuente e callos y esta bota e vino y dile que es de parte del maestro Candelas, pa que coma y beba a su salud...

TUERTO.— Así lo haré, si no mandas otra cosa...

CANDELAS.— Que vea por lo menos que alguien se acuerda de él... (*Está echando el vino en la bota.*) Si por mí fuera convidaba a toda la chusma presidiaria. Ya sabes cómo las gasto. Anda, llévale eso...

TUERTO.— (*Va hacia la puerta y llama con un gran vozarrón.*) ¡Calabocerooooo...!

CANDELAS.— (*Con la bota de vino en la mano se pone en pie y echa un buen lingotazo.*) Hasta verte. Cristo mío... (*Baja la bota y se encara con los dos HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD.*) ¿Y sus mercedes no quieren echar un trago, u qué? (*Deniegan los dos cofrades.*) ¿No quieren compartir un trago con uno que va a comparecer ante el Señor de los Cielos...? (*Como los otros siguen denegando con gestos de gran gravedad, el bandido suelta una gran carcajada y les enchufa el vino de la bota a la cara, rociándola como de sangre. Ellos dan un respingo, se levantan, se sacuden.*) ¡Alegría por tol cuerpo, leche! El vino no se desprecia...

TUERTO.— Pero muchacho, muchacho...

(*Aparece el CALABOCERO, un rapaz con la cabeza monda, descalzo y mugriento.*)

CALABOCERO.— ¿Manda su merced?

TUERTO.— Pasa, coge esa fuente e callos y esta bota y llévasela al maestro

Lucas, el de la celda de pago. ¿Te enteras?

CALABOCERO.— ¡Digo!..., el gran torero... A lo que ordenen usías...

TUERTO.— Y cuidadito con que la mercancía llegue entera a su destino...

CALABOCERO.— *(Que ha cogido la fuente de callos y la bota con mucho entusiasmo.)* Sí, señor...

TUERTO.— Porque si no, te rompo las costillas con la verga...

CANDELAS.— Bebe un trago, chacho. Si quieres beber un trago, bébelo. Que lo paga Luis Candelas...

CALABOCERO.— *(Yendo hacia él lleno de unción popular.)* ¡Mare mía, Luis Candelas, el pae de los pobres!...

CANDELAS.— ¿Qué padre de naide?... Un artista, eso sí...

CALABOCERO.— Me deje que le bese la mano, gachó...

CANDELAS.— *(Retrocediendo.)* La bota, échate un tiento güeno y llévatela pa arriba. Al maestro Lucas y con el maestro Lucas que beban tos los angustiaos de este estaribel. Porque... ¿sabes, muchacho? Mañana éste que lo es sale libre. Y hay que celebrarlo.

CALABOCERO.— Que sea mucha noagüeña, señor Candelas...

TUERTO.— *(Retirando ya al muchacho.)* Anda y largo ya, que se enfrían los callos...

(Coge por el cogote al CALABOCERO que lleva la fuente de comida y la bota y lo empuja hasta la puerta. Hay ahora un leve silencio. Silencio punteado por el rezo más bien siniestro de los cofrades de la paz y de la caridad que bisbisean avemarías a través de sus desdentadas bocas. CANDELAS va hacia el ventanal enrejado y mira hacia fuera.)

CANDELAS.— ¡Vaya estrellones! El frío del invierno los hace relucir. Hermosa noche madrileña... *(Volviendo hacia el TUERTO.)* Pero pronto estaré otra vez debajo de esos luceros. Pronto. Porque la reina me va a indultar. Me va a indultar la reina... *(A los HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD.)* Dejar ya vosotros de tanto rezo, porque Luis Candelas no lo necesita. La reina gobernadora me indultará. La escribí una carta esta mañana. Una carta hermosa y clara. Yo no he matao a naide. No he manchao estas manos de sangre. Sólo las manché de vino, de vino y de dinero

maldito, pero de sangre no. No hay ninguna niña que pueda llamarse huérfana por culpa mía, ni he dejado a ninguna mujer viuda, ni a ningún hijo sin padre... ¿Y me van a matar a mí? (*Va poniéndose nervioso sin quererlo.*) ¡Sería mucha injusticia...!

TUERTO.— (*Sujetándole la mano.*) Tranquilo, tranquilo. No te acalores. Que tú siempre fuiste un madrileño mu entero. Que te conozco desde que eras así...

CANDELAS.— (*Reaccionando.*) Cuando pisé por primera vez la trena en la «gallinería», donde tú eras entonces el vechi del estaribel. Me acuerdo de los zurriagazos que nos metías, canalla...

TUERTO.— Mantener el orden entre toa aquella mocería no era grano de anís, compare. Y mira el recuerdo que tengo de entonces, (*Señala el ojo TUERTO.*) de aquel niño que me metió la ganzúa por el ojo...

CANDELAS.— Me acuerdo como si fuera ayer. (*Volviéndose hacia los hermanos.*) Señores: no había cumplido los dieciocho años y ya sabía lo que era el estaribel. Aquí el Tuerto no me dejará por embustero...

TUERTO.— ¡Quia, hijo, quia...!

CANDELAS.— Y salí, y volví a entrar, y volví a salir..., y conocí los presidios más afamaos de España, desde Alhucemas a Vasconia. Y aquí estoy. Y de aquí saldré. (*Jurando.*) ¡Por éstas!

(Los dos HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD se acercan lentamente hasta dejarle oscurecido en el ángulo de sombra que forman sus siluetas talaes.)

TERCERA ENTREGA. UNA INDECLINABLE VOCACIÓN

De cómo la madre de Luis Candelas protege a su pobre cachorro frente a la maldad de la época.

Los dos HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD, despojados de sus holapandas siniestras, son ahora dos artesanos plebeyos del barrio de Lavapiés, dos jayanes de la garlopa, vestidos de calzón corto, faja y monterilla, los cuales tienen apresado a LUISITO CANDELAS, un muchachito de unos diez años, cabezudo, al cual están dando coscorrones y cachetes.

Mozo 1.— *(Pegando al chicuelo.)* ¡Ladrón, ladrón, ladronazo, te voy a eslo-mar...!

Mozo 2.— ¡Pillo, escarramán, bandolero, garduña...!

Mozo 1.— A la guardia te vamos a entregar, pa que te lleven a la «gallinería».

Mozo 2.— ¡Pero antes le habemos de baldar!... ¡Toma, toma, mameluco, mameluco...!

(Le dan coscorrones, cachetes sin que el chicuelo vierta una sola lágrima, sino que se debate simplemente entre los dos zánganos. Al fin, en un momento logra desasirse de sus opresores y escapa. Cuando está a prudente distancia de ellos, les increpa.)

Luis.— ¡Cagüen Fernando Sértimo y en vosotros también, hijos de la gran puta, que me habéis de pagar...!

Mozo 1.— *(Lanzándose hacia él.)*... ¡Cagüen, lo mato!

Mozo 2.— ¡Lo matamos...!

LUIS.— (*Esquivándolos con graciosos regates que recuerdan al torerillo frente a los morlacos.*) Ya viendrán mis amigos los liberales, ya viendrán, perros malditos. ¡Y os tengo que ver dando pataletas al aire...!

MOZO 1.— (*Ha sacado una faca enorme de matón y se lanza a él.*) ¡Le corto el pescuezo; a este niño le corto el pescuezo como me llamo Macabeo...!

LUIS.— (*Dando grandes gritos.*) ¡Madre, madre, madre, que me matan...! ¡Ay, mi madre, que quieren matarme...! ¡Ay...!

(Aparece una tarasca de mantón y redecilla en el pelo que se lanza a acoger al niño, al que sujeta en el regazo con el aire de una mujer mártir.)

LA MADRE.— (*Protegiendo a la criatura y encarándose jarifa con los agresores.*) ¡Atacando a un niño, a una criaturita, con una faca!... Habráse visto. ¡Con una faca, a un pobre niño...!

LUIS.— ¡Ay, mare mía!... (*Se oculta bajo el mantón de la tarasca, el bulto del niño jadea bajo el corpachón de la MADRE.*)

MOZO 1.— (*Cerrando la navaja y metiéndosela en la faja, a la vez que escupe por el rabillo de la boca.*) Ya está... Ya apareció doña Genoveva e Bramante...

MOZO 2.— ¡La madre que la echó...!

LA MADRE.— Pero ¿es que aquí no hay autoriá, aquí no hay guardia, aquí no hay seguridá pal ciudadano, u qué? ¡Vecinos! ¡Vecinos!

MOZO 1.— Señora..., ssssseñora... A ver si...

LA MADRE.— (*Gritos.*) ¡Pos si es verdad! ¡Mía que amenazar a un niño con una navaja! ¿Aónde se ha visto eso?

MOZO 1.— ¡Cagüen!... No con una navaja, con un cañón le iba...

MOZO 2.— Mía tú la criaturita...

LA MADRE.— Cómo se nota que vivimos tiempos de avasallamiento... ¡Amos, amenazar a un niño con una navaja!... ¡Pero güeno...! (*Dando cachetitos cariñosos al bulto que solloza bajo su mantón.*) Calla, hijo, calla, que ya ties a quien te defienda...

MOZO 1.— Robándome pastelillos tol día, eso es lo que hace su hijito de usté, mal rayo le parta...

MOZO 2.— Y a mí robándome melones en cuanti que me descuido...

LA MADRE.— ¡Pa melón, usté...!

MOZO 1.— Oigusté, me voy a la guardia pa que se lleven a su niño a la jaula, aonde tie que estar...

LA MADRE.— ¡Vaya usted aonde quiera, so gabacho..., servilón, mandilón!

MOZO 1.— ¡Huy, la tía...!

LA MADRE.— Ande, saque la faca, saque la faca y amenáceme a mí. A ver si se atreve... Ande, a ver si se atreve, chulapo de mierda. ¡Ande...!

MOZO 2.— Amonos, Macabeo, ámonos. Es mejor...

MOZO 1.— Sí, nos largamos..., pero le juro por éstas (*Hace la cruz con los dedos.*) que a su niño lo encierro yo como me llamo Macabeo Villanueva...

MOZO 2.— Eso si no lo esgraciamos antes...

LA MADRE.— ¡Agur y viento fresco...! ¡Mía tú...! (*Contemplando jarifa cómo se alejan los matones.*) ¡Y más sos valiera que vuestras mujeres no sos pusieran los cuernos! Ahí, ahí se ven los hombres y no maltratando a una criaturita... (*Sacando a su hijo de debajo del mantón.*) Y tú cállate, cállate ya, que se han ido. Ya se han ido, hijo. Ya está aquí tu madre pa protegerte...

LUIS.— (*Llorando con todo su arte dramático.*) Me querían matar, mare...

LA MADRE.— El que te va a matar va a ser tu padre, si se entera. Que no se entere tu padre, porque como coja el vergajo...

LUIS.— Tú le puedes, madre, tú ties más fuerza que él...

LA MADRE.— Calla, calla, que me vas a matar. ¿Por qué te ha dao esa manía de coger to lo que encuentras? ¿Eh? ¿Por qué?...

LUIS.— Por naaa...

LA MADRE.— Te he dicho que me lo pidas a mí... Pues no, ties que ir a cogerlo de esos bandíos, que un día te van a esgraciar, pobre hijo mío... Si te estuvieras en el taller trabajando con tu padre... Con las manos que ties tan preciosas..., (*Besa las manos del chico.*) estas manos de oro pa labrar la maera, que no tien precio. Pero no, tie que ir a mangar por ahí... Anda, anda... (*El niño se suelta del regazo de su MADRE y sale corriendo muy alegre.*) Vete corriendo al taller. Ahí es donde tenías que estar. Que los tiempos están mu malos y la gente es mu canalla. ¡Ay, los años de hambre y miseria que estamos pasando...! (*Hablando sola en el callejón de Lavapiés.*) ¡Qué creatura, Santo Dios, qué creatura! Claro, como es tan listo. Cualisquiá le sujeta. Dende que mamaba ya tenía esa cosa de agarrarlo to. Tie esa cosa, que se le van las manos aonde brilla. Mis-mamente como las urracas, que agarran to lo que brilla. ¡A ver!... Po-

bres creaturitas, ¿qué saben ellos? Con lo bueno y cariñoso que es mi Luisillo y van esos gigantones y le amenazan con una navaja. Hay que ver. Virgen bendita, lo mala que es hoy la gente. ¡Cosas de estos tiempos de «solutismo»...!

(Aparece otra tarasca muy zarrapastrosamente vestida, con un mantón hecho flecos de puro roto y la cabeza envuelta en sucios pañuelos que le dan un aire de morisca.)

LA COMADRE.— Pero, María, ¿se pue saber lo que haces ahí hablando sola?...

LA MADRE.— Ay, calla, que no me había percatao...

LA COMADRE.— Te estoy oyendo ahí venga a darla a la sin hueso y digo, digo, pero ¿es que a la María la Carpintera le ha dado una sofocación, o qué?...

LA MADRE.— Na, cosas del muchacho mío, el pequeño...

LA COMADRE.— ¿El Luisín?

LA MADRE.— El Luisín, sí, hija, que es más travieso...

LA COMADRE.— Pobrecito. Es más cariñoso. ¿Sabes que me trajo el otro día una docena de pieles de gato na menos?

LA MADRE.— Fíjate...

LA COMADRE.— Yo no sé esa creatura dónde encuentra lo que encuentra. Es más listo. Una garduña. Eso, es una garduña. Cuando no me trae una gallina, me trae una paloma...

LA MADRE.— Vamos...

LA COMADRE.— Es tan cariñoso conmigo, por aquel de que una lo vio nacer y asistió al parto, ¿te acuerdas?

LA MADRE.— ¿No me voy a acordar? Si cuando nació parecía ya una lagartija de tanto como se movía, que no había manera de pararlo quieto. ¿Te acuerdas?

LA COMADRE.— Claro que me acuerdo y de lo que te dije. ¿No te acuerdas de lo que te dije, María?

LA MADRE.— ¡Huy, tantas cosas...!

LA COMADRE.— Pues te dije que ese niño iba a llegar lejos, pero lejos, lejos, lejos... Ese niño sabe latín...

LA MADRE.— Sí que es listo, sí. Tie una cabeza que... Ahora le va a poner su tío a estudiar en los Reales Estudios de San Isidro. Va a estudiar eso, latín...

LA COMADRE.— A ése lo ves de obispo por lo menos. Y si no al tiempo. ¿Qué digo obispo? Cardenal o Papa. Dios te ha venío a ver, María, con esa creatura...

LA MADRE.— Ya ves, para que luego me lo maltraten, al probecito...

LA COMADRE.— ¿Quién es el que se atreve a...?

LA MADRE.— Ahí, el Macabeo, el bollero ese, que ice que le quita los bollos...

LA COMADRE.— A él sí que había que quitarle, pero los hígaos; a él y a la marrana e su querindonga, esa que la voy a...

LA MADRE.— Y amenazándole con un navajón, así, comadre, que lo quería matar...

LA COMADRE.— ¡Huy...!

LA MADRE.— Y la creaturita asustá...

LA COMADRE.— Ya podrán, ya podrán... Mía tú el Macabeo, pues sí que ése pue acusar a naide. ¡Dijo la sartén al cazo! Entoavía me acuerdo yo las veces que le vide bajar por la cae Carretas en el borrico e los azotes por ladrón...

LA MADRE.— Aquellos eran otros tiempos...

LA COMADRE.— Y tanto que eran otros tiempos. Ahora con el aquel de que no se azota a nenguno, así medramos...

LA MADRE.— En fin, hija... ¿Y aónde vas?, si pue saberse.

LA COMADRE.— A San Cayetano, a dar una limosna pa los pobres de San Antonio.

LA MADRE.— Ya...

LA COMADRE.— Y dile al Luisito que a ver si viene a mi casa, que le tengo que dar una cosa...

LA MADRE.— Ay, déjale, déjale, a ver si sienta la cabeza...

LA COMADRE.— ¡Qué cabeza ni cabeza, tú déjale que vuele, que vuele como el águila, que ese hijo tuyo que ties, ese hijo tuyo es un águila, pero un águila real de ésas...! Agur, María, y quédate con Dios...

LA MADRE.— Adiós, mi comadre, y que sigas conservándote... (*Queda ensoñada y vuelve a hablar sola de nuevo.*) ¡Un águila real...! ¡Un águila del cielo...!

CUARTA ENTREGA. EL AGUILUCHO PLANEA POR EUROPA

De cómo el niño Candelas demuestra tener una ambición napoleónica.

Allá por un descampado a orillas del Manzanares, en una templada mañana primaveral, la criaturita aquella, LUISITO CANDELAS, el hijo del carpintero de la calle del Calvario, se encuentra en compañía de otros rapaces de su edad —el CURRIYO, el BALSA, el TRAGABUCHES, etc.—, componentes de su banda, entretenidos extrañamente en algo que a primera vista parece ejemplar; pues el tal Luisito ha extendido sobre el suelo un par de mapas escolares de buena factura, mapas de Europa y del Mundo, y se entretiene enseñando a sus camaradas la «geografía». El grupo en cuestión, visto objetivamente, merece plácemes, y cualquiera que pasara por el lugar creería que el LUISITO había montado escuela al aire libre para enseñar a sus colegas, ya que, al ser hora escolar y hallarse los arrapiezos en la calle, no podría pensarse otra cosa, pero si atendiéramos a lo que se dice en esa lección, tal vez fuera preciso mudar de opinión. Veamos.

LUISITO.— *(Señalando con el dedo diversas zonas del mapa.)* Aquí está la Francia, y aquí la Prusia y aquí...

CURRIYO.— Y ésta es la España, u séase, la nuestra patria y...

LUISITO.— *(Dándole un manotazo.)* ¡Quita ya...!

CURRIYO.— ¿Qué pasa?

LUISITO.— Que los mapas son míos...

EL BALSA.— ¡Güenooo!... Anda, sigue...

LUISITO.— Aquí es la Francia y aquí la Rusia... *(Mirando muy cejijunto al CURRIYO, que parece su lugarteniente.)* y la España y el Portugal y la Turquía...

EL BALSA.— Y la tu tía del pueblo...

LUISITO.— (*Haciendo caso omiso de la intervención chungona.*) Pues aquí en la Francia es aonde cortaron la cabeza al rey y...

EL BALSA.— Y de aonde vinieron tos los hijoputas a invadirnos...

LUISITO.— Después, cuando el Bonaparte...

CURRIYO.— El Bonaparte...

UN CHICUELO.— (*Lanzándose a cantar estrepitosamente.*) Napoleón, Napoleón mata las chinchas con un cañón, con un cañón, con un cañón...

LOS DEMÁS.— (*Coreando.*) Con un cañón, con un cañón, con un cañón...

LUISITO.— (*Que deja a su alumnado expansionarse, luego de que cesa el coro.*) Pos aquí, en la Francia, hay mucho que aprender, porque eso es lo que hay que hacer con los tiranos. Cortarles el pescuezo...

LOS DEMÁS.— (*Muy contentos y alborozados.*) ¡El pescuezo, el pescuezo, el pescuezo...!

LUISITO.— En cambio, fijarse, ninchis, aquí en la Rusia, aquí en la Rusia...

LOS DEMÁS.— En la Rusia, la Rusia..., ¿qué?

LUISITO.— (*Escupiendo por el rabillo de la boca.*) Un país de esclavos. Eso es un país de esclavos...

CURRIYO.— U séase, como el nuestro...

LUISITO.— Como el nuestro...

EL BALSA.— (*Metiendo el dedo en el mapa.*) Y esta bota dicen que es la Italia...

LUISITO.— (*Muy terrible.*) Donde vive el tirano más grande de toda la tierra, amos, de to el orbe...

UN INGENUO.— ¿Quién?

CURRIYO.— ¿Y quién va a ser?

LOS DEMÁS.— El Papa de Roma, otra...

LUISITO.— Ése es el tirano más grande del mundo...

EL BALSA.— Y de ahí vien acá toas las putas pa hacer de reinas. ¿A que sí, Luisito?

LUISITO.— ¡Toma...!

UN INGENUO.— ¿Y aónde cae Madriz?

EL BALSA.— (*Dándole un papirotazo.*) Aquí..., ¿no lo ves, cateto?

LUISITO.— Güeno, sin meter la garra en el mapa, que lo estropeas...

EL BALSA.— Éste ha metió los dedazos...

CURRIYO.— Están mu requetebién estos mapas, pero que mu requetebién. Mejor que los de mi colegio...

LUISITO.— (*Muy orgulloso.*) ¿Vas a comparar tu colegio con los Reales Estudios de San Isidro, de aonde son estos mapas?

EL BALSA.— No ices tú na...

CURRIYO.— ¿Y cómo los has mangao? Enrollándolos, ¿no?

LUISITO.— Ya ves tú si será difícil sacar mapas de allá.

CURRIYO.— Al estar colgaos es otra cosa. Pero en mi colegio, como lo tien pegao con engrudo, cualisquiera los arranca e la pared...

LUISITO.— Poes éstos estaban bien sujetos. Y fijarse si son grandes...

MURMULLOS DIVERSOS.— Grandes, y bien grandes... Menudos... ¡Uh...!

LUISITO.— Y me los saqué delante e los bedeles...

EL BALSA.— Anda, que si te pillan...

LUISITO.— Güeno, pues eso, que aquí en la Rusia, tiranos. En la Italia, tiranos; en la España, tiranos; en el Portugal...

CURRIYO.— Tiranos por tos laos...

EL BALSA.— Tiranos y tiranos...

LOS DEMÁS.— (*Enardecidos.*) ¡Mueran los tiranos, mueran los tiranos...!

LUISITO.— (*Intentando proseguir su lección más o menos libertaria.*) U sea: que to esto, que es la Europa...

MURMULLOS.— La Uropa...

LUISITO.— Es el mundo en que vivimos...

EL BALSA.— ¡Toma...!

LUISITO.— El mundo e los tiranos, el mundo, el despotismo...

UN EXALTADO.— Mecagüen su mala sangre...

LUISITO.— Y un mundo e ladrones... Y lo que había que hacer es...

EL BALSA.— Colgarlos a tos de los árboles. (*Señalando los pocos árboles de la ribera.*) Ahí, ahí, ahí...

LUISITO.— Sos lo digo pa que sepáis en el mundo en que vivís, mochachos...

CURRIYO.— ¿A mí? ¿A mí me vas a decir tú? ¿A mí?... (*Y diciendo esto se quita el chaleco y las demás prendas que cubren su torso para dejar al descubierto las marcas que tiene sobre la piel.*) ¿Y esto? ¿Qué es esto?

(Los chicos observan las trazas de los malos tratos sin que, en verdad, se asombren demasiado.)

LUISITO.— Bueno, ¿y qué?

CURRIYO.— ¿Qué? Pos lo que el tirano e mi pare me hace tos los días con el tirapié...

LOS DEMÁS.— *(En retazos de frases.)* Pos anda que el mío... Sí me bajo los calzones yo... Pos y mi maestro, que me da ca verdugazo... Amos y anda ya, Curriyo... Pos mía que...

LUISITO.— *(Levantando el dedo y poniendo orden en la clase.)* ¡Silencio!... A ver si nos poemos entender... Ca cual tie su razón pa aborrecer a los tiranos. Ni tu pare, ni el tuyo, ni el mío tien la culpa. La culpa está en el aquel de la tiranía que se extiende por to este mundo en que vivimos, éste, éste, éste... *(Y el puñetero niño da grandes puñetazos sobre el mapa.)*

LOS DEMÁS.— *(Aplauden.)* ¡Y ele!... Así se habla... Ésa es la fija, gachó...

LUISITO.— U séase, que...

(En ese momento aparece un niño pelado al rape que, al parecer, había sido puesto de vigía.)

NIÑOS.— ¡Queo, queo, agua, agua...!

LUISITO.— ¿Pasa? *(Los demás rapaces ya se disponen a poner pies en polvorosa.)*

NIÑO.— ¡Los guris, los del Resguardo, que vien ahí...! ¡Ahí están...!

LUISITO.— *(Poniéndose de pie y deteniendo la desbandada.)* ¿Aónde vais?

Quietos tos... Pero ¿qué pasa? ¡Aquí tos...!

(Los NIÑOS, ante la perentoria orden del jefe, se mantienen en pie dubitativos sobre qué partido tomar, si salir corriendo o quedarse quietos, cuando ya aparecen los dos GUARDIAS DEL RESGUARDO, con sus buenos bigotes.)

LUISITO.— *(Señalando el mapa, mientras los demás se van sentando lentamente de nuevo.)* La Francia, que limita con España por los Pirineos; el Portugal, que limita con la nuestra patria por...

(Los NIÑOS aparecen sin resuello ante la presencia de los dos jayanes de uniforme.)

EL GUARDIA.— *(Que tiene evidente acento asturiano.)* Sigue, sigue, guaje, non te amilanes... *(Volviendo a su compañero.)* ¿Y qué te parece, Montánchez, lo aplicaos que son estos guajes?...

LUISITO.— *(Con una sonrisa candorosa.)* Na..., que estábamos aquí repasando la lición de geografía...

EL GUARDIA.— Ya, ya...

EL OTRO GUARDIA.— *(Con acento andaluz.)* Y aluego dirán que lo mochachon azín y azán...

CURRIYO.— Claro, como el maestro se ha puesto malo con lo de la cólera, pos habemos salío aquí a hacer el repaso...

EL GUARDIA ASTURIANO.— Vaya, ni falta que lu jures, que ya lu estamos viendo... Mira si son aplicaus éstos...

EL GUARDIA ANDALUZ.— ¿Y zoz habei traío la mapa y to...?

LUISITO.— A ver...

EL GUARDIA ASTURIANO.— Mía si son apañaus los chicuelus. Da gusto verles... Anda, seguir, seguir con la lición... No pasa na...

EL GUARDIA ANDALUZ.— *(Señalando con su huesudo dedo el mapa.)* Ahí tie, Carballido, Ezpaña. Ezo e Ezpaña...

EL GUARDIA ASTURIANO.— *(Usurpando la plaza del MAESTRO.)* Amus a ver, guajes... Sus voy a hacer una pregunta...

LUISITO.— Pregunte, pregunte...

EL GUARDIA ASTURIANO.— A ver, a ver si sois tan listus como parece... ¿A qué se parece en la forma la nuestra patria, eh? *(Guiñando un ojo a su compañero.)*

EL GUARDIA ANDALUZ.— Venga...

(Los chicos fingen estupor ante la pregunta. El CURRIYO se pone los dedos en la cabeza en forma de cuernos.)

EL GUARDIA ANDALUZ.— ¿A que no eztái enterao?

EL GUARDIA ASTURIANO.— Deja, deja a los guajes...

LUISITO.— Al de los cuernos... Los cuernos, el país de los cuernos...

EL GUARDIA ASTURIANO.— *(Un poco mosca.)* ¿Qué cuernos, ni cuernos?

LUISITO.— La piel de toro. Nuestro país tie la forma e la piel de toro...

EL GUARDIA ASTURIANO.— *(Lanzando un silbido.)* ¿No te igo yo, compañero? Éstos saben latín...

CURRIYO.— El país nuestro tie la forma de una piel de toro extendía...

LOS DEMÁS.— La piel del toro..., del toro...

EL GUARDIA ASTURIANO.— Vaya y vaya con los rapaces... Mu bien, pero que mu bien... ¿Lo ves compañero? Pa que luego digan. Un premio se mere-

cían estos guajes... (*Metiendo los bigotes en el mapa.*) Y aquí está la Francia... (*Y señala Italia.*)

LUISITO.— Eso es la bota...

EL GUARDIA ASTURIANO.— ¿La bota?

LUISITO.— La bota e la Italia. Porque la Italia tie la forma una bota...

EL GUARDIA ASTURIANO.— Hombre, y claro que sí... Este niño es...

LUISITO.— Y en la bota está el Papa e Roma... ¡Nuestro Santo Padre!...

EL GUARDIA ASTURIANO.— Ahí está, claro... (*A los chicos en plan de discurso.*)

Asín, asín tenéis que ser, mochachos, asín. Aplicaos. Mirar que la cultura es el aquel del progresu y de to lo güenu del mundo, porque con la cultura iréis a toas las partes. Que tos los males e la patria vien por esu e la falta e la cultura. Y ahí es por ande tenéis que empezar, por la cultura... (*A su compañero.*) ¿Qué te parece, Montánchez?

EL GUARDIA ANDALUZ.— Que ya quízia que er mío eztuvieze con ezto... No hay na ma bonito que uno rapase eztudiando ello zolito... ¿Y aónde viví vozotro?

LUISITO.— Semos de ahí, del barrio y ya digo que como el maestro se ha puesto malo con la cólera...

EL GUARDIA ASTURIANO.— Así, así se hace... Si tos los guajes fuan comu vosotrus, otru gallu nos cantara... Seguir, seguir así y llegaréis a ser hombres de provechu. Ya puen estar orgullosos de vusotrus vuestrus padres y vuestrus maestrus...

EL GUARDIA ANDALUZ.— (*Al que casi se le saltan las lágrimas.*) Y la patria, la mizma patria tie que eztá orgullosa de vozotros...

EL GUARDIA ASTURIANO.— Hale..., ahí sus queáis y que aproveche la lición...

(Salen los dos SOLDADOS DEL RESGUARDO REAL verdaderamente edificadas ante la aplicación de los hijos del arroyo, y en cuanto se pierden de vista, los rapaces se lanzan a gritar, saltar y gesticular.)

LOS CHICOS.— ¡Ja, ja, ja!... ¡Viva la patria!... ¡Viva la Pepa!... ¡Viva tu mare!... ¡Viva tu tía!...

LUISITO.— (*Cogiendo el gran mapa y tirándolo por el aire.*) Y mira lo que hago con la Uropa..., ¡la Uropa!..., (*Le da un puntapié en el aire. Los arrapiezos siguen el ejemplo y empiezan a dar puntapiés a los dos mapas.*)

LOS CHICOS.— ¡Abajo la tiranía!... ¡Viva la libertad!... ¡Muera la estrucción!... (*Todo ello adornado con jirones de himnos revolucionarios.*)

QUINTA ENTREGA. O TEMPORA!

Que nos ilustra sobre los tiempos miserables de aquel Madrid absolutista.

Taberna de La Garduña. Corazón de Lavapiés. Tarde tristonza de marzo. Sombras y parpadeos de candil que hacen destellar levemente los pellejos de Valdepeñas, cuchicheos y lamentos de hombres ociosos en la flor de la edad. El patrón, un viejo setentón, cojitranco, con la cara llena de chirlos que explican una vida dura por los presidios españoles, recuerda tiempos más felices. Los pillos y ladronzuelos le escuchan atentos.

EL TRAGANIÑOS.— Peste e pogreso. Peste e pogreso, ya sus igo...

UN BORRACHÍN.— *(Que medio dormía en un rincón.)* ¿El po... po...greso?...
¿El po...?

EL TRAGANIÑOS.— *(Dando un tremendo suspiro.)* ¡Qué tiempos aquéllos! Entonces, entonces sí que había hombres. Pero cuando no hay hombres...

EL GATO.— *(Un mozarrón con la chola pelada.)* En no habiendo hombres, como si na...

EL TRAGANIÑOS.— Lo mesmo que ahora, fijarse. Lo mesmito. Ahora no hay ni uno que tenga reaños pa sacar la faltriquera a un paleta... ¿O no es verdad?... *(Murmullos de aprobación.)* Tiempos de Godoy, ésos eran tiempos. Vosotros no sos acordáis de aquel hombre, aquel gran gobernante. Amigo mío. Ahí, ahí mesmo estuvo sentao más de una vez bebiendo mi vino... Aquéllos eran gobernantes que no se menospreciaban por tratar a la plebe..., y hubierais tenío que ver esto; esto era un sarao. Pero ¡un sarao! Aquí, bajo estos techos y alrededor del vino el Traganiños, se reunía la flor y nata e la Corte, pero así, la flor y nata. Fijarse: el Paracleto,

la Niña la Bola, el Zorro e Canillejas, don Paquito Malahoja, el Buitre..., ¡qué sé yo!... Y ahora ya veis...

(Se hace un gran silencio nostálgico que se enseñorea por la estancia.)

UN BORRACHÍN.— *(Rompiendo el silencio.)* ¡El po...greso...!

EL TRAGANIÑOS.— Porque entonces corrían por los Madriles los dineros. ¡Cómo corrían los dineros! Amos, ya sus igo, que bastaba ponerse ahí mesmo en la Puerta e Toledo y esperar al primer andaluz que llegara y dejarle desnúo, pero en coritate vivo. Ochavos, onzas, qué sé yo... Vierais cómo tenía yo ese cuarto lleno de prendas y alhajas... To lo que se llevó la trampa...

EL GATO.— Eran otros tiempos...

EL TRAGANIÑOS.— Digo, si eran otros tiempos. Entonces el pueblo era el pueblo y un gachó de bien no lo era si no pringaba siete capas cuanti menos... ¿Y ahora qué?

EL GALLO VALLECANO.— *(Un sujeto larguirucho con aire clerical.)* Pero si ahora no hay un mal ochavo en to Madrid... Ahora ya pues tener las uñas largas...

EL TRAGANIÑOS.— ¿Qué? ¡Amos anda ya, Gallito!... Lo que pasa es que no hay hombres. Si hubías vivió en aquellos tiempos, lo hubías visto. El parné pue esconderse aonde sea; que si hay un majo e veras, lo saca e debajo siete suelos... ¡Amos! Pues sí que al don Paquito Malahoja, pongo por caso, se le ponía na por delante pa dejar más limpio que una patena el palacio e Fernán Núñez mismamente... Lo que pasa es que sus han educao de manera que no valéis ya ni pa engañar al Bobo e Coria, que paece mentira que estéis en la flor de la edá y no sepáis entoavía lo que es vivir y lo que es desfrutar. Los gabachos, Napoleón y el tirano sos han capao, mochachos, y ésa es la fija... y que no me replique naide, ¿eh?, que no me replique naide, porque el Traganiños éste que lo es, el Traganiños *(Y se da grandes golpes de pecho al pronunciar el apodo.)* ha sío mucho hombre, pero mucho hombre, que pa hablar con él había que echar memorial... ¡Pos sí que!..., amos güeno..., ¿qué sos voy a contar?... *(Y dicho esto, muy despectivamente, da la vuelta, despreciando a su auditorio.)*

EL GALLO VALLECANO.— (*Muy malignamente.*) Sí, maese. Traganiños, sí... pero ¿y cuando a usted y a los otros les llevaban por la cae Mayor zurrándoles las costillas el verdugo y pregonándoles...?

EL TRAGANIÑOS.— (*Volviéndose enseguida y encarándose al VALLECANO.*) ¡Sí, sí...! ¿Y qué? ¿Qué pasa?... Claro que nos azotaban por las calles e costumbre. Y no una vez, sino muchas... Y a mucha honra... ¡Ja, ja, ja!... Como que nos amilanábamos por eso... Sí, señor, en aquellos tiempos te montaban en un borriquillo y ¡hale!, por las calles, con pregonero delante y papamoscas detrás... (*Ensoñando.*) Te arrimaban la cuenta e doscientos u trescientos azotes, y ahí te quiero ver, que tenías que aguantar el tipo, y probar que eras hombre pa hacerte e pencas... ¿Que si nos azotaban?... ¡Ojú!..., la mar de veces, que el boche, el Peralvillo de aquellos tiempos, ya nos conocía y por eso nos trataba con miramientos y no usaba ya con uno la de tres costuras. Pero en terminando la felpa, ¡hale!, a tu casa y a por otra. En cambio ahora...

EL GATO.— Ahora te ponen el corbatín...

EL TRAGANIÑOS.— (*Que sigue con su ensueño.*) M'acuerdo una vez que me llevaban por la cae Carretas atizándome doscientos, que no son grano e anís, y mi chicuelo, el Marmolillo, que en gloria esté, que era un mochachito asín de pequeño, va y me dice a gritos: «M'alegro, m'alegro... que te peguen, porque tú me pegas a mí...» (*Cayéndosele la baba.*) ¡El angelito!... Así éramos los hombres en aquellos tiempos. Ahora, ahora, vosotros (*Mirándoles con gran desprecio.*) no aguantaríais ni una tunda e cien rocines, cuanti menos de trescientos como nos daban a nosotros. ¡Vosotros!

EL GATO.— Güeno, sin ofender tampoco...

EL TRAGANIÑOS.— ¡Pos claro!... Vosotros seríais de los que se ponían a llorar a la primera tanda, que tamién había gallinas así, que iban por la calle llorando a ca azote que se llevaban... ¡Esgraciaos de ésos había, pero no tantos como hay ahora!...

EL GALLO VALLECANO.— Ta bien, ta bien..., pero no ofenda, maese Traganiños, que no ofenda...

EL TRAGANIÑOS.— ¿Que no ofenda? ¿A quién ofendo yo? ¿Es que hay alguno aquí pa que se ofenda?... ¡Aparta ya y...!

EL GATO.— Unos tiempos traen otros y otros traen otros..., y ahora se afana por otros lugares...

- EL GALLO VALLECANO.— *(Como iluminado.)* Ahí, ahí..., lo que ice éste. Ahí...
Ahora el robo está en la Hacienda y en aquel de la Banca...
- EL GATO.— Y aonde no pue uno entrar, porque afuera de eso no corre un puto ochavo por Lavapiés.
- EL TRAGANIÑOS.— Mira, mozo, no me des más ya la lata, que no es mi santo...
Si yo digo una cosa, es la fija. Que no hay hombres... Mismamente, fijarse, pa que digáis de los tiempos. Ahí tenéis al Candelas. ¿Qué me vais a decir del Candelas? ¿O es que ya no sus acordáis del Candelas, el chico el carpintero e la cae e Calvario?
- EL GALLO VALLECANO.— *(Escupiendo a lo majo por el rabillo de la boca.)*
¿... Ése? Mucho cuento...
- EL TRAGANIÑOS.— ... Ése que paecía que se iba a comer el mundo... Pos ya veis aónde fue a parar... En saliendo e la trena se ajustó a una gachí...
- EL GATO.— Se casó, maestro, se casó...
- EL TRAGANIÑOS.— Se casó, se arrejuntó, da igual..., y en casándose se fue a sentar plaza al Resguardo Real y ahí lo tenéis de guardia en la Galicia, u aonde leches sea...
- EL GALLO VALLECANO.— Yo siempre dije que ése no valía ni pa descalzarme, que pa eso nací en Vallecas...
- EL GATO.— El Candelas y su banda, según icen los que saben, ahora andan por ahí robando borricos y gallinas. Por los pueblos, igual que los gitanos...
- EL TRAGANIÑOS.— Entoavía eso sería algo si fua verdadero. Pero no me lo creo... Ése está en la guardia, que es peor...
- EL GALLO VALLECANO.— Sería mucho gato ése si andara robando borricos por las ferias...
- EL TRAGANIÑOS.— Yo le vide crecer y le tuve en mis brazos, y güenos coscorrones llegué a darle... Pero mi pupila no me engañó..., porque cuando tos icían que el niño iba a dar guerra, yo decía que nequaquam, que ese niño tiraba pal camino recto, que a mis años no me engañan los parecen... Ya sus igo yo que lo que s'acabó, s'acabó y no hay más cera que la que arde... S'acabó la majeya y el tronío e los Madriles, y quien diga otra cosa miente...

(En estos momentos es cuando se alza de un rincón una de las sombras amodorradas y lanza un gran exabrupto.)

CANDELAS.— ¡Cagüen la reina...!

(Se vuelven todos interesados a observar aquel paleta de zamarra con las alforjas al hombro.)

EL GATO.— *(Dando un respingo.)* ¿Qué pasa?

EL TRAGANIÑOS.— ¿Quién t'ha dao a ti vela en este entierro?, si es que pue saberse.

(El paleta avanza hasta ponerse en el centro de la concurrencia.)

CANDELAS.— ¿Quién es el osau de decir que el Candelas anda robando borricos por las ferias castellanas?, ¿eh? *(El pequeñajo aquel, cabezón, impone un no sé qué de respeto en la taifa tabernaria, porque todos se callan, incluso el TRAGANIÑOS.)* A ver si eso lo poéis hacer güeno...

EL TRAGANIÑOS.— *(Intrigado y observando al paleta con los ojos cegatos.)* Compare, estamos hablando de nuestras cosas, ni más ni menos, y sin ánimo sea de ofender. Si ties que icir alguna cosa, la ices y sin faltar, porque aquí semos tos gente e prencipios...

CANDELAS.— Pos yo igo, y lo repito, que el Candelas será siempre el Candelas, y que quiero que me hagan güeno lo que aquí acaban de decir de que anda robando burros por las ferias castellanas...

EL GALLO VALLECANO.— *(Que se ha repuesto.)* A lo mejor aquí es pariente suyo o de su señora... ¿Quién sabe?

(El CANDELAS va, lo coge de la zamarra, lo levanta.)

CANDELAS.— No has nació tú, ni cincuenta como tú, pa poner en entredicho la honra e Luis Candelas...

EL GALLO VALLECANO.— *(Debatiéndose.)* ¡Eh, eh, eh...!, eso en la calle...

EL TRAGANIÑOS.— ¡Afuera, afuera, afuera...!

EL GATO.— *(Más bien tímidamente.)* Estamos hablando na más...

CANDELAS.— Pues yo igo que el Candelas será siempre el Candelas, y que no permito que se insulte a su honra...

EL GALLO VALLECANO.— Pero ¿quién insulta a quién...?

EL TRAGANIÑOS.— Aquí se respetó a Candelas siempre...

CANDELAS.— (*Quitándose la montera.*) Es que yo soy Candelas...

*(Murmillos de asombro, gente que se levanta a mirarle.
Gran revuelo. CANDELAS erguido, en plan majo y desafiando a todos.)*

EL TRAGANIÑOS.— ¡Candelas, Candelas, Candelillas...! Ven a mis brazos, hijo, ven a mis brazos. (*Estrecha en un gran abrazo al recién llegado.*) Y pensar que no había reconocido con mis ojos cegatos a este hijo el barrio...

CANDELAS.— (*Dejándose abrazar.*) Pos no hacía usted mu güenas ausencias de uno, señor Traganiños...

EL TRAGANIÑOS.— (*Lloriqueando.*) ¡Ay, hijo...!, ¿qué quieres? La pena, la tristeza de oír de ti las cosas que icen por ahí; eso me tenía tan amurriao que...

EL GALLO VALLECANO.— (*Dando palmadas en la espalda de CANDELAS.*) Ya era hora, majo, que te dejaras ver...

EL GATO.— La falta que hacen en los Madriles los gatos como tú...

CANDELAS.— (*Muy ceremonioso, apartándolos a todos.*) Ta bien..., ta bien..., comprendo. (*Muy rotundo.*) Comprendo... y perdono...

EL GALLO VALLECANO.— Nos ties que perdonar...

CANDELAS.— Pero, además, éste que lo es sos va demostrar quién es. Y eso va a ser ahora mismo. ¿Quién había dicho que ya no había maestros en Madrid?

EL GATO.— Habladurías...

CANDELAS.— Pues Luis Candelas sos va a demostrar quién es y quién ha seguío siendo, por más que las malas lenguas le levanten diciendo que si es guardia, que si roba burros... ¡Sos lo va a demostrar en seguía...!

EL TRAGANIÑOS.— Ea, que s'acabó ya el cuento y no se hable más. Lo que hay que hacer es festejar la vuelta del majo más grande e Lavapiés...

MURMULLOS VARIOS.— ¡Eso!... ¡Olé!... ¡Ahí, ahí!...

CANDELAS.— (*Levantando el brazo como un general para acallar los murmullos.*) Alto, alto ya y escuchar...

MURMULLOS.— ¡Venga, di!... ¡Oío al parche!... ¡Callarse!...

CANDELAS.— Que Luis Candelas sería muy poco Luis Candelas si no convidara ahora mismo a toa esta concurrencia... Y sos va a convidar... Oye, Traganiños, prepara...

EL TRAGANIÑOS.— (*Interrumpiéndole.*) Ay, Luisillo e mi alma, ¿qué vi a icir? No me igas que prepare na, que no tengo más que ese medio pellejo e vino ya picao, que los tiempos están malos y ni una raspa e bacalao tan siquiera... Y dineros, lo que es dineros...

MURMULLOS.— ¡Dineros, sí, dineros!... ¡Tamos güenos...!

CANDELAS.— (*Sonriente y altanero como un rey.*) ¿Que no hay dinero, que no hay manduca? ¿Es que no la va a haber en to Madrí, u qué? (*Silencio expectante de todos.*) Pos aquí está Luis Candelas pa aliviar esas penas. Si no ties na que ofrecer, Traganiños, anda y pon los manteles, porque yo os prometo, como me llamo Luis Candelas Cajigal, nació en este barrio e Lavapiés, que dentro de una hora tenéis aquí más que suficiente pa que trinquéis y saquéis la barriga e mal año...

EL GALLO VALLECANO.— ¡Si esto es el rey de la Arabia...!

EL TRAGANIÑOS.— Por las hechuras, gachó, sigues siendo el que fuiste, y ahora no me importa contradecirme...

CANDELAS.— (*Que ha empezado a sacar cosas de las alforjas.*) Vais a tener aquí pa dar de comer a un regimiento. Ni en el Palacio el Duque de Alba va a haber merienda como la vuestra... Y no será porque el Candelas necesite gastar un ochavo... (*Mientras hablaba el majo ha sacado unas ropas verdes: levita con botones dorados y galoncillos, calzón del mismo color, etc., mientras se va vistiendo.*) Sólo necesito que me ayuden un par de vosotros, y los demás que esperen y se preparen a manducar... (*Se ha vestido la librea de un mayordomo de buena casa. Se atusa las patillas.*)

VARIOS.— Yo voy contigo... Yo... Yo...

CANDELAS.— Sólo necesito dos... Anda tú. Gallo, y tú, Gato... Los demás, aquí...

EL TRAGANIÑOS.— (*Contemplando ahora con admiración a CANDELAS y ayudándole a vestirse con la misma admiración que el mozo de espadas al torero.*) Ya sabía yo... Ya sabía. Aprender, aprender de este maestro...

CANDELAS.— (*Que ha terminado de ponerse la indumentaria, calándose una especie de tricornio galoneado de plata.*) Tengo el honor de presentaros a dun Celsu Musteiro, mayordomu del Excelentísimu Seor Duque de Santiago, Grande de España..., (*Y señalando a los dos que se han unido a él.*) y éstus sun mis criaus, que vien conmigu a la mejor tucineria e lus Madriles a cumprar las pruvisiones... Ahura mesmu amus a mercar unos

cuantus jamones de lu mejor, chourizus, morcillas, y aida mais, lu que haga falta y menester pa la fiesta que meus señores dan esta noche en seu palacio madrileño... ¡Amus p'allá, que el tiempu apremia...!

(Estalla una salva de aplausos. El señor mayordomo de la aristocracia gallega, con sus dos galopines provistos de grandes alforjas, salen camino de la tocinería.)

SEXTA ENTREGA. EL PRINCIPIO DE LA ESCALADA

De cómo el joven Luis Candelas inicia su flamante carrera.

Tocinería suculenta en el centro de Madrid. «Especialidad en jamones de Jabugo». Deslumbrantes anaqueles donde cuelgan jamones, longanizas, morcillas y demás embutidos destinados al señorío estomacal de las grandes familias de la corte. A ella arriban tres individuos, uno de ellos con librea de casa aristocrática y los otros dos como galopines de cocina. El TOCINERO, al ver entrar al cortejo, se relame de gusto y, tras atusarse los fieros bigotes, acude solícito al enlevitado.

CANDELAS.— *(A los otros dos.)* Entrar rapaces y esperar ahí...

TOCINERO.— Buenas tardes tenga el señor... ¿En qué puedo servirle? *(El CANDELAS ha ido hasta donde cuelgan los jamones y los huele y los tienta con gesto severo.)*

CANDELAS.— Estus jamones...

TOCINERO.— Jabugo auténtico, señor. ¿Esto? Pa chuparse los dedos...

CANDELAS.— A mí, patrón, no m'hable e jamones, que m'he criau entre cochinus y sé lu que es jamón y lu que no es...

TOCINERO.— Pus si entiende usted, yo no tengo nada que decir... Lo dejo a su gusto... Pruebe... *(Corta una lonchita y se la da al mayordomo, que la mastica con gesto displicente.)* ¿Eh?

CANDELAS.— Vaya...

TOCINERO.— Garantizaos. Aquí, no es por decirlo, pero se proveen de éste en la casa Fernán Núñez, en la de Alba, en la de Chinchón...

CANDELAS.— Mi amo, el duque de Santiago e la Ribera, me manda por eso...

TOCINERO.— Ah... Pues ya sabe adónde le manda.

CANDELAS.— Pero, amigu, las cosas son como son, que nu es lo mismo el jamón de mi pueblu que el que llega de lus Madriles..., ¿u no?

TOCINERO.— Ah, bueno, eso, figúrese...

CANDELAS.— No sé qué dirá mi amu. Me llevaría un par de piezas...

TOCINERO.— (*Que ya ha descolgado las piezas.*) ... Éste y éste... Y ya me dirán, ya me dirán lo que es bueno...

CANDELAS.— Sería una pena, digu yo, que no quearan cuntentus los señores, porque de lu contrariu iba a ser usted pruveedor de la casa...

TOCINERO.— (*Desafiante.*) De que van a volver estoy más seguro... Y el precio...

CANDELAS.— El preciu es lu de menus. Lu que importa es que sea güenu, que ya sabemos que lu baratu es caro...

TOCINERO.— Eso es la fija, y usted que lo diga... Así que ¿las dos piezas?

CANDELAS.— (*Muy prepotente.*) Ey, rapaz... (*Se adelanta el GATO con las alforjas.*) Echa ahí esu... (*Los dos jamones desaparecen en las alforjas del GATO, que guiña los ojos de puro contento.*) Ahora quiero... (*Va señalando, tentando, oliendo.*) unas lunganiziñas de perru...

TOCINERO.— (*Ofendido.*) ¡Oiga...!

CANDELAS.— (*Sin hacerle caso.*) Y murcillas de éstas... Chourizo... Salchicha...

TOCINERO.— (*Radiante de gozo.*) ¿Cuánto?

CANDELAS.— Cincu quilus de cada, purque dan esta noche una merienda mis amus y serán un respective de cientu y la madre.

TOCINERO.— (*Que ha empezado el repeso.*) Más vale que sobre y no que falte... (*Cortando el chorizo ofrece unas rodajas al CANDELAS, que las prueba como quien está avezado a ello.*) Sí... (*El GATO y el GALLO se las tragan con ansia.*) Éstus no le hacen ascu a na... (*Pesando y envolviendo.*) Usted dirá, la juventud, en la flor de la edad...

CANDELAS.— Si lus amus fueran por un igual, pero comu ésos, asín comu sus invitaus, están estragaus...

TOCINERO.— Así es, así... La vida es eso; unos se hartan, y otros...

CANDELAS.— Así es y así será...

TOCINERO.— Pues aquí tiene usted... (*Presenta los montones empapelados de embutido.*)

CANDELAS.— (*Al GALLO.*) Amus rapaz, mete esu ahí... ¿No lu ves?

(El GALLO hace desaparecer los paquetones en las alforjas.)

TOCINERO.— ¿Algo más?

CANDELAS.— Sí, que nu se me olvíe nada... Un par de quesos de ésus...

TOCINERO.— ¿De éstos?

CANDELAS.— No, de esus más grandes..., de esus en aceite...

TOCINERO.— Equilicúa... *(Prepara los quesos, que desaparecen pronto en las alforjas de el GALLO.)* ¿Más?

CANDELAS.— *(Dubitativo.)* Pus me parece a mí que ya está todú... Ahura nu tie usté más que echar la cuenta... *(Y el muy guaja se mete la mano en el bolsillo como el que va a sacar los billetes a la vez que dice a sus ayudantes.)* Anda, ya puéis llevar to esu a la tartana... ¡Amus, que están esperandu en la cocina...! *(Los dos mozos se echan las alforjas bien cargadas al hombro.)* Y cuidáu cun que llegue la mercancía sin tucar... ¿Eh?... O sus las veréis conmigo y cun mi vara d'acebuche... *(Salen los dos galopines corriendo.)* Estus pillus que llevan el robu en la sangre hay que tenerlus bien sujetos; de lu contrariu...

TOCINERO.— *(Que está haciendo las cuentas en un pizarrín con un trocico de tiza.)* No me hable usted, no me hable usted, que esta juventud, esta juventud de ahora...

CANDELAS.— *(Dándose una palmada en la frente.)* ¡Ah, carallu...! ¿Pus no me olvidaba?

TOCINERO.— *(Levantando la cara de morsa.)* ¿Se olvidaba algo?

CANDELAS.— La ésa..., la manteca, carallu..., y ésus ya se han iu...

TOCINERO.— ¿Manteca? *(Cogiendo un envase.)* Aquí tiene manteca...

CANDELAS.— Güenu... Póngame un quilu...

TOCINERO.— ¿Un quilu sólo?

CANDELAS.— Un quilu, en un papel...

TOCINERO.— ¿Así? *(Ha puesto unas paletadas de manteca en un papel extendido.)*

CANDELAS.— De momentu es suficiente... A ver..., ¿güele bien? *(Se acerca el papel a las narices mientras el TOCINERO le observa expectante y esperando recibir el plácemen.)* Güela usted... *(Y le planta el papel en la cara, hundiéndole las narices en la manteca, hecho lo cual da una zancada y sale corriendo, mientras el TOCINERO se debate ahogándose entre la masa de manteca.)*

(En la oscuridad se oye gran algazara, risotadas, juramentos y toda la barahúnda propia de las juergas taber-

narias. Cuando se ilumina la escena aparecen dos PETIMETRES sentados ante el velador de un café o botillería riéndose estrepitosamente.)

PETIMETRE 1.— No me digas que no es bueno...

PETIMETRE 2.— *(Sin parar de reírse.)* El tocinero metido en manteca... ¡Jo, jo, jo, jo...! Y el otro...

PETIMETRE 1.— El otro corriendo a reunirse con los compinches y darse el gran banquete...

PETIMETRE 2.— ¡El muy pícaro...!

PETIMETRE 1.— Y tú que lo digas...

PETIMETRE 2.— Pues hay otro robo también que...

PETIMETRE 1.— Cuenta, cuenta...

PETIMETRE 2.— Escucha, que éste también se las trae...

(Se oscurece la escena, y cuando se ilumina de nuevo vemos a un paleta con unas alforjas y un ronزال arrosado al hombro, que camina con la inseguridad y torpeza propias del paleta en los Madriles; se detiene frente a una tienda en la que hay un rótulo que dice: «Telas y vainicas, la mejor de Postas». El paleta saca un gran pañolón de hierbas y se suena las narices mientras observa una puerta abierta que da acceso al almacén, y tras el mostrador, el dueño. Al lado hay una reja. El paleta observa bien y cuando se cerciora de que no le ve nadie, ata un extremo del ronزال a la reja y, sosteniendo el otro extremo, las alforjas al hombro, entra en el establecimiento.)

CANDELAS.— ¡Sooo! *(Al supuesto burro que queda amarrado a la reja.)* ¡Sooo, Martinico, que pronto gorveremos a casaaa...! *(Entra al almacén, tirando del extremo del ronزال y se quita la montera saludando muy atento.)*
Ave María Purísima y güenos días tenga el señor patrón...

COMERCIANTE.— Buenas los tenga el amigo.

CANDELAS.— *(Sacando la cabeza hacia fuera como si observara la caballería.)* Quieto está ya el macho... *(Coloca las alforjas en la mesa, sin de-*

jar de sostener el cabo del ronzal.) ¿Está usted güeno? ¿Y su señora de usted güena y sus hijas están güenas?

COMERCIANTE.— (*Un poco sorprendido de tales preguntas.*) Sí, sí, muchas gracias...

CANDELAS.— Ya me estoy yo maliciando que usted no me conoce...

COMERCIANTE.— Pues no, señor... La verdad es que...

CANDELAS.— Claro, como otras veces me atiende otro señor, o la señora, ahí está...

COMERCIANTE.— (*Como iluminado.*) Ah, claro... Hoy, como es domingo, no está el dependiente y mi señora ha ido a misa...

CANDELAS.— ¡La fija! Ya decía yo... Porque la tienda es la misma... (*Dando un respingo y dirigiéndose hacia fuera.*) ¡Quietooo, Martinicooo...! ¡Pues ésa es la cuistión y por eso era el preguntar y usted desimule!...

COMERCIANTE.— Nada, nada, muy agradecido. Diga, diga lo que desea...

CANDELAS.— El caso es que llevo un poco e prisa, y no como otras veces, que pueo demorarme. Me están esperando en el pueblo y aquí traigo los encargos de siempre, si usted es tan amable de servírmelos... (*Entrega una hoja al pañero. CANDELAS se seca el sudor como si hiciera grandes esfuerzos al sostener a la bestia.*)

COMERCIANTE.— (*Leyendo el papel.*) Vamos a ver... Dos piezas de...

CANDELAS.— Ya le digo que tengo un poco e prisa y como tengo el animalito ahí, tan nervioso, que ya añora la cuadra, tanto él como un servidor de usted...

COMERCIANTE.— Eso está hecho enseguida, amigo. Vamos a ver... (*Empieza a amontonar en el mostrador piezas de tela, cintas, objetos diversos.*)

CANDELAS.— Son mandaus que me hacen en el pueblo, al igual que las otras veces... La pana, que sea de la mejor...

COMERCIANTE.— Sí, sí..., pana, seda..., vamos a ver...

CANDELAS.— Hay tanta moza perifollera que bástese que vengan un día a la capital pa que se les antoje vestir como madamas...

COMERCIANTE.— (*Muy cortésano.*) ¿Y por qué no?... (*Sigue amontonando objetos.*) Bueno. Me parece que esto es todo. ¿No falta más, amigo?

CANDELAS.— ¿Ha puesto to lo que va apuntao? Porque un servidor, como no sabe de letra...

COMERCIANTE.— Ya, ya... Está todo, amigo... (*Susurrante.*) Pana, seda, estampa... Ta todo...

CANDELAS.— Pues entonces vaya usted echando la cuenta, que le voy a pagar...
(Mientras el COMERCIANTE se cala los anteojos y va sumando, el CANDELAS ha metido todo en la alforja sin dejar de sostener un cabo de ronزال. Cuando ya ha metido todo con cierto trabajo:) Patrón, mientras hace usted la cuenta, ¿podría sujetarme esto... *(Le entrega el cabo del ronزال.)* y así voy yo a cargar al macho?

COMERCIANTE.— No faltaba más... *(Coge el ronزال y CANDELAS, con las alforjas bien cargadas, sale, se las echa al hombro y se desliza por una calleja lateral. Queda el pañero con la punta de la cuerda en una mano, repasando la cuenta.)* Tres y siete, nueve, más cinco, catorce, más... Me parece que está bien... Le hago una rebaja... *(Levanta la vista, ve que el comprador ha desaparecido, pero no le da importancia.)* La cuenta está cabal... *(Sigue sosteniendo el ronزال. El comprador no viene.)* Mucho tarda ése en cargar el macho...

(En este momento aparece en la puerta una señora con mantilla y libro de misa. Es la SEÑORA DEL COMERCIANTE, que viene de misa, la cual se queda estupefacta al ver a su marido sosteniendo una cuerda que aparece por fuera atada a la reja del establecimiento.)

SEÑORA.— Pero... *(Observa el fenómeno entrando y saliendo.)* Pero...

COMERCIANTE.— ¿Qué pasa, mujer? ¿No ves que...?

SEÑORA.— Pero... ¿a qué estás jugando, Braulio?

COMERCIANTE.— Sosteniendo la caballería del...

SEÑORA.— ¿La caballería?... *(Va a la reja y desata el ronزال y muestra a su marido la otra punta.)* ¡Pa caballería, tú!... ¡Mira!...

COMERCIANTE.— *(Santiguándose.)* ¡Huy, madre!...

SÉPTIMA ENTREGA. LA ALTERNATIVA

De cómo se organiza la cuadrilla del ladrón más famoso de todos los tiempos.

Estamos de nuevo en la taberna del TRAGANIÑOS, cuartel general ya de LUIS CANDELAS y su flamante banda. La tasca en cuestión ha experimentado notable cambio y pregona a las claras un nuevo tiempo de prosperidades. La lobreguez y penuria han desaparecido. Hay luz propagada por buenos velones, vino en abundancia, manjares. Está renovada. La concurrencia está compuesta por majos y majas de rompe y rasga con buenos atuendos, capas de buen paño, zamarras bordadas, fajas de seda. Inclusive el patrón, aquel TRAGANIÑOS, parece haberse rejuvenecido y preside el cónclave o la tenida con el orgullo de un gran anfitrión. Pero esta noche se celebra un gran acontecimiento: nada menos que la reconciliación del gran LUIS CANDELAS con su viejo compañero de picardías juveniles CURRIYO, al que también llaman ahora el Sastre y el Marquesita, quienes al parecer andaban peleados por la jefatura de la banda. Asisten como padrinos otros tipos de la banda, como son el BALSAS, el MAESTRO y otros que fueron compañeros de infancia cuando estudiaban geografía a orillas del Manzanares. Una serie de «damas» asisten a la reunión. La llamada DOÑA MARGARITA, LOLITA LA NARANJERA, la JOSEFA, compañera de CANDELAS, etc. Hay músicas de guitarras, repique de palillos y algunas parejas se marcan un bolero con garbo de Lavapiés...

LOLITA LA NARANJERA.— *(Jaleándose a sí misma mientras baila.)* ¡Arsa!...

DOÑA MARGARITA.— ¡Olé la Niña e su mare!... Ya, ya, ya... *(Palmoreo.)*

UN MAJO.— Amo p'allá, que nos vienen siguiendo... ¡Mira, mira, mira...!

(Sigue la juerga. CANDELAS, entronizado en el altillo con su capa terciada de paño de Béjar, zamarra bordada, faja de seda, botones de diamante. Frente a él, CURRIYO, más o menos igual. Alrededor los demás.)

EL TRAGANIÑOS.— *(Alzando los brazos al terminar el bailoteo con ademán bíblico, como un sacerdote levita.)* Y ahora..., ahora... ¡Alto ya...! *(Terminan de enmudecer guitarras, palitroques y palmas.)* Ahora ya ha llegado el momento e la ciremonia. Amos p'allá...

LOLITA LA NARANJERA.— ¡Viva mi Candelas e mi almaaaa...!

TODOS.— ¡Viva el maestro...!

DOÑA MARGARITA.— ¡Y que viva tamién Curriyo! ¡Curriyo y Candelas, Curriyo y Candelas...!

TODOS.— ¡Vivan Curriyo y Candelas...!

UN GRACIOSO ESPONTÁNEO.— ¡Y viva mi tía y yo!... ¡Y viva la Pepa...!

EL TRAGANIÑOS.— ¡Silencio!..., que va a empezar la ciremonia... Amos, si es que podéis callarse ya... *(Cuando callan más o menos.)* Ahora nuestro gran maestro...

VOZ AISLADA.— ¡Olee...!

EL TRAGANIÑOS.— Luis Candelas y el no menos afamao Curriyo, el Sastre, se van a dar la mano y beber una copa pa sellar el pacto e la amistad...

TODOS.— ¡Olé!... ¡Viva!...

LOLITA LA NARANJERA.— *(Como una sacerdotisa, transporta las copas hacia los rivales y ahora amigos.)* Amos p'allá... Amos a ver los majos...

(En efecto, tanto LUIS como CURRIYO se han puesto en pie, al igual que los otros de la banda, que vienen a ser testigos de la ceremonia.)

CANDELAS.— *(Cogiendo su copa.)* Va por ti, chata...

CURRIYO.— A tu saluz, morena...

(Beben entre los aplausos de todos y se funden en un abrazo como dos matadores en la alternativa. Estallan los aplausos, los olés y suenan las guitarras en un pasodoble tau-rino.)

CANDELAS.— *(Cuando ha cesado todo el jaleo y se corta el expectante silencio.)* Yo, Luis Candelas y Cajigal, natural y vecino e Madrí, juro que no he de hacer contra a mi compañero Curriyo Villena, por mal nombre el Marquesita, y que a partir de ahora será mi lugarteniente, prometiendo... que habemos de partir ganancias entre tos los nuestros, aquí presentes, habemos de ayuarnos cuando estemos en la «angustia», curarnos cuando enfermos y enterrarnos cuando llegue el finibusterre. Otro sí, que nunca derramaremos sangre y seremos hermanos en Salomón para toda justicia...

(Tras este juramento un tanto masónico y propio de los tiempos, LUIS bebe, vuelven a abrazarse, vuelve el jaleo, hasta que se acalla de nuevo y es ahora CURRIYO el que recita su fórmula.)

CURRIYO.— Yo, Curro Villena, por otro nombre el Marquesito y el Sastre, natural y vecino de esta tierra madrileña, juro que reconozco a mi compare Luis Candelas como jefe, al que habemos tos de seguir dende ahora, partiendo ganancias, ayudándonos cuando lo hubiéramos e menester, y respetándonos sin derramamiento e sangre, todo sea por la justicia e Salomón...

(Aplausos.)

LOLITA LA NARANJERA.— Vivan los bravos e los Madriles...

DOÑA MARGARITA.— Viva mi Curriyo...

(Pero la ceremonia no ha terminado, porque ahora son todos los componentes de la banda los que irán desfilar ante los capitanes, ya sentados y entronizados como jefes.)

EL BALSEIRO.— *(Un malencarado, con cara de traidor.)* Yo, Mariano Balseiro, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

JOSÉ DEL CAMPO.— Yo, José del Campo, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

LEANDRO.— Yo, Leandro Postigo, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

EL DEL PESO.— Yo, José Sánchez, el del Peso, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

IGNACIO GARCÍA.— Yo, Ignacio García, el Ignacito, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

EL PABLO.— Yo, Pablo Luengo, el Mañas, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

JULIÁN.— Yo, Julián Villena, juro obedecer a Luis Candelas, por la justicia del rey Salomón...

(A continuación, todos se abrazan y palmotean coreados y aplaudidos por todos.)

CANDELAS.— *(Tras impetrar de nuevo el silencio.)* Pues yo digo que si así cumplís, Salomón os lo premie, y si no, que os lo demande...

(Aplausos.)

VOCES DIVERSAS.— ¡Viva el maestro Luis Candelas!... ¡Viva el maestro de Madrí!

JOSEFA.— *(La querida de CANDELAS, abrazándole.)* ¡Yo quiero un hijo tuyo, un hijo tuyo, un hijo tuyo...!

CANDELAS.— *(Apartándola amablemente.)* Tú deja, que to se andaré...

JOSEFA.— *(En un rugido.)* ¡Negrazooo...!

CANDELAS.— Y ahora, amos a divertirnos...

VOCES.— ¡Que hable, que hable, que hable...!

CANDELAS.— ¿Qué queréis que diga? Yo sólo pueo decir que aquí, en el Candelas, tenéis tos un padre, un hermano y un tío, y lo que sea. Y que si alguno va a defender a los probes y a los presos, va a serlo éste que lo es y sus compañeros. *(Volviéndose a ellos.)* ¿No es verdá, compadres? Que vengan a nosotros los que sufran agravios y pesares, las víctimas del despotismo, los perseguidos por la justicia y los que no tien lugar aonde caerse muertos, que nosotros los habemos de amparar, por la gloria del rey Salomón...

(Un «oh» de emoción resuena en todos los ámbitos y estallan los clamorosos aplausos, los gritos de entusiasmo,

las hembras se lanza a LUIS y le besan, le abrazan, le apretujan, le arrancan trozos de su zamarra, sobre todo los botones de brillantes, tal que tiene que defenderse él y los suyos a brazo partido, hasta que CURRIYO, el primer lugarteniente, saca una estaca en forma de porra que enarbola sobre su cabeza y hace retroceder a la jauría.)

CURRIYO.— (*Amenazando con el garrote a las hembras.*) ¡Quietas, lobs, quietaaaas! Que mu pronto oiréis hablar de la banda e Luis Candelas... Que Madrí se va a enterar quién es Luis Candelas y su cuadrilla... Ahora, calmarse y bailar...

(Termina todo en un baile de bolero aflamencado con gran algazara de pitos, guitarras y panderetas.)

OCTAVA ENTREGA. EL SONADO ROBO DEL OIDOR

De cómo Luis Candelas y su cuadrilla producen el pasmo de Madrid.

En un reservado de la taberna El Cuclillo, calle Imperial, donde LUIS y su lugarteniente CURRIYO se hacen pasar por gente de alcurnia (para planear mayormente buenos golpes), hay un mulato de cabeza rapada, que habla con evidente acento cubano, vestido con la ropilla de dril y el sombrero caribeño, que pregona a dos leguas al esclavo del ingenio traído a los Madriles en el cortejo de la servidumbre de un amo que se supone poderoso. LUIS, que aquí se hace llamar don Luis de Zambrano (capa con apliques de plata, sombrero reluciente de tubo, guantes de cabritilla, etc.), ha conseguido pegar la hebra con el esclavillo, que se confiesa ante el señor con zalemas y ruegos. A un lado, CURRIYO el Marqués, tan apuesto y elegante como su compañero, va tomando nota mental de lo que cuenta el MORENO.

EL MORENO.— *(Llevando un envase de plata donde porta los cafés para su amo.)* Mi amo e er zeñó Oidó de La Habana, señoría... *(Y hace una reverencia.)*

LUIS.— *(Alzando la voz para que le oigan los concurrentes y dirigiéndose a CURRIYO.)* ¡La esclavitud! He aquí una de las grandes lacras del siglo. Para eso se firmó la Constitución, para que los esclavos fueran libres..., y ya estás viendo... *(Pasando la mano cariñoso por la chola pelada del MORENO.)* ¿Es que tú no quieres ser libre, muchacho? ¿A ver si no vas a querer ser libre?

EL MORENO.— ¿Y?... un servior, mi amito, nació como nació, ¿y qué le amo a jasé?

LUIS.— El fatalismo de las razas... ¿Lo estás viendo?

- EL MORENO.— Un servió, señoría, lo que tie mucha morriña e de mi tierra, que allí jase calorsito y aquí un frío que pela...
- LUIS.— Pero tú ties que ir donde vaya tu amo, porque tú sin tu amo no eres nadie, morenito...
- CURRIYO.— Deja ya y no entretengas al muchacho; no vaya a ser que su amo le azote por llegar tarde...
- LUIS.— (*Volviendo a pasar la mano por la chola pelada del MORENO.*) ¿Es que tu amo te azota?
- EL MORENO.— (*Sonriendo y mostrando sus enormes dientes blancos.*) Que se lo pregunten a éste... (*Y se pasa la mano por las nalgas.*) Con la cázcara de vaca me pela de ve en cuando, como e de ley...
- LUIS.— ¿Y a ti te gusta eso?
- CURRIYO.— A la fuerza ahorcan, ¿verdá, muchacho?
- EL MORENO.— Un servió obedece, calla y...
- LUIS.— ¿Y dices que tu amo vive en...?
- EL MORENO.— Cae la Montera, sinco, principá, señoría...
- LUIS.— ¿Y tu amo no querría venderte?
- EL MORENO.— Mi amito, zeñoría, tie mucha plata, pero mucha plata...
- CURRIYO.— ¿Mucha, mucha?
- EL MORENO.— ¡Ay, benditooo...! Y de alhaja y de to tie mi amito... ¿Pa qué iba a vendé a su ezclavito? Si tie mucha plata, como el Oidó de La Habana que e.
- LUIS.— Pero yo le puedo ofrecer un buen puñao de doblones, y como será un tacaño...
- EL MORENO.— Tie mucha, mucha plata, zeñoría... Le guzta la plata y tamién lo pajarito...
- CURRIYO.— ¿Los pajaritos vivos, o fritos?
- EL MORENO.— Ay, zeñoría, pajarito vivo que tie dentro e jaula...
- LUIS.— Y tú eres otro pajarito...
- EL MORENO.— (*Riéndose.*) Ay, sí, un pajarito tamién el negro, zi zeñorito, er negro pajarito... (*Y se contonea casi a ritmo de rumba.*)
- LUIS.— Pues mira que yo he de ir a ver a tu amo para comprarte, si tú quieres que te compre... ¿Cómo se llama tu amo, el Oidor de La Habana?
- EL MORENO.— Don Pedro de Alcántara se llama...
- LUIS.— (*Haciendo un guiño a CURRIYO.*) Pues ya iré yo a ver a don Pedro de Alcántara, y si dices que le gustan los pajaritos, le llevaré una ración...

EL MORENO.— (*Ingenua o malignamente, que nunca se sabe.*) En la cae Montera, número sinco, zeñoría. Y acoztumbra a ezta zolito po la mañana...

LUIS.— (*Volviéndole a pasar la mano por la cabeza.*) Mu bien, mu bien, Moreno... ¿Y sois mucho de servidumbre?

EL MORENO.— Ezclavo, zólo un zervió... Ma luego eztá la cosinera, er coche-ro y un lacayo...

CURRIYO.— (*Terciando.*) ¿Y vive con la familia?

EL MORENO.— No, zeñoría, que vive zolito, que enviudó hase un año...

LUIS.— Ta bien, morenito, ta bien... Anda, anda y no te demores más, no vaya a ser que te zurren por mi culpa...

EL MORENO.— Na, zeñoría... Toy a guzto con zu zeñoría, manque mi amito a luego me ponga er culo como una zartén... Lo que mande zu zeñoría...

LUIS.— Vete, vete... y di a tu amo que don Luis Zambrano irá a hacerle una visita.

EL MORENO.— ¿Don Lui...?

LUIS.— No, no le digas nada..., ya veré... Si yo te compro, ¿te vienes conmigo?

EL MORENO.— A la fin del mundo; el ezclavo va aonde zu amo diga, ¡bendito...!, claro que sí...

CURRIYO.— (*Que da muestras de impaciencia.*) Anda, anda que se enfrían los cafés... (*Cuando el negrito ya se iba.*) Oye..., ¿y tú cómo te llamas?

EL MORENO.— (*Con el sombrero en la mano.*) Juan Belén, pa serví a Dio y a uztede. (*Y se va con sus andares de mulato. Los dos caballeros le ven marcharse con aire de melancolía y tristeza.*)

CURRIYO.— (*Cínicamente.*) Ya estás enterao...

LUIS.— Una lacra, una vergüenza, un crimen eso de la esclavitud... (*Al mozo de la taberna que pasa con una bandeja.*) ¿Verdá, tú?

MOZO.— ¿Verdá qué, señorito?

LUIS.— Que eso de la esclavitud es una vergüenza...

MOZO.— Esclavos semos tos, señorito...

LUIS.— (*Escupiendo por el rabillo de la boca.*) Hay que hacer una sangría...

CURRIYO.— No hables de sangre, ya sabes que eso no...

LUIS.— Es un decir, (*Maligno.*) pero la sangre se borra con plata...

CURRIYO.— Por ahí podemos llegar a entendernos...

(En un salón rococó de la calle de la Montera, 5, principal, DON PEDRO DE ALCÁNTARA, Oidor cesante de La Haba-

na, que es un viejales verde, está solazándose en el sofá con una SURIPANTA metida en carnes y envuelta en gasas. El juego erótico con la jamona, atravesado por los rayos de sol que penetran por la gran vidriera celada por transparentes cortinajes, se acompasa con el gorjeo de los canarios que en diversas jaulas ocupan el saloncillo.)

DON PEDRO.— *(Metiendo la mano por el escote de la jamona.)* Estás de chupé canela...

LA SURIPANTA.— ¡Jo, jo, jo...!, qué cozquiya me jase. Perico... ¡Huy, la cozquiya...! *(La tal habla también con acento cubano.)*

DON PEDRO.— En eso, ¿ves tú?, tengo que bendecir mil veces al Señor...

LA SURIPANTA.— *(Incorporándose un poco.)* ¿En qué, Perico...?

DON PEDRO.— Que Dios me trajo la desgracia de perder a mi esposa...

LA SURIPANTA.— *(Un poco ofendida.)* ¡Ay, bendito, qué recuerdo me trae ahora ezte perdíí...!

DON PEDRO.— Sí, hija, sí... Dentro de mi desgracia de viudo, el Señor quiere consolarme enviándome amiguitas como tú, como tú... *(Y vuelve a meter la mano entre las risitas y el jadeo de la otra.)*

LA SURIPANTA.— Pero... ¿cuándo me va a da er regalaíto, la baratijita?...

DON PEDRO.— ¿Regalito? ¿Baratijita? Ya, ya... *(Alcanza con la mano un estuche que hay en una mesita y saca un collar de brillantes maravillosos que hace revolotear ante los ojos extasiados de la cubana. El sol, al dar en la pedrería, hace destellar de resoles todo el salón, y los canarios, al parecer impresionados, entonan tales gorjeos que aquello parece el mismo Teatro Real.)*

LA SURIPANTA.— *(Tendiendo los brazos hacia el collar.)* ¡Ay, ay, ay...!, dame...

DON PEDRO.— *(Jugueteando con el collar.)* Mira, mira... Éste fue de la reina María Luisa, de la misma María Luisa, regalo del Príncipe de la Paz...

LA SURIPANTA.— Ay, dámelo ya, indino, no sea indino...

DON PEDRO.— *(Retirando el collar.)* Como no te lo ganes...

LA SURIPANTA.— *(Cayendo de rodillas.)* Aquí me tiene, Periquito. ¡Tu ez-clava...!

(DON PEDRO, emocionado ante la sumisión de la hembra, le coloca el collar. Ella lanza un alarido y cae sobre él)

en el sofá. Los pajaritos cantan. En ese preciso instante entra el esclavillo al que acabamos de conocer.)

EL MORENO.— Amito, amito, amito...

DON PEDRO.— *(Dando un rugido.)* ¡Te pelo el culo a latigazos...!

EL MORENO.— *(Achantado.)* Un señó...

DON PEDRO.— ¿Un señor?

LA SURIPANTA.— Ay, déjale que se explique... *(Ha ido hasta el gran espejo y se contempla el collar adoptando diversas posturas.)*

EL MORENO.— *(En voz muy baja.)* Un señó, que trae uno pajarito...

DON PEDRO.— ¿Pajaritos? ¿Pajaritos? ¿Más pajaritos?

LA SURIPANTA.— Pa tu colesión, Perico...

DON PEDRO.— *(Vencido por su pasión pajarera.)* Anda, dile que pase... A ver qué pajaritos son...

(Inmediatamente, sin apenas dar tiempo a arreglarse la ropa al vejete, entra en la sala un viejecito barbudo, decrepito, arrastrando los pies, envuelto en una capa mugrienta. Con el viejecito va un muchacho —es el GATO— que lleva un enorme jaulón de canarios y periquitos.)

LUIS CANDELAS.— *(Que es el viejecito.)* Ave María Purísima...

DON PEDRO.— Pasa, pasa...

LA SURIPANTA.— *(Puesta en jarras.)* ¿Qué se ofrese, pajarero?

LUIS CANDELAS.— Pues na de particular..., señoría. Que me gustaría, si no le sirve de molestia, que viera unos canarios que le traigo... *(Y señala al muchacho, que ha quedado al fondo con la jaula, con cara de niño de la doctrina.)*

DON PEDRO.— ¿Y quién te ha dicho a ti que a mí me gustan los pájaros?

(El viejo, muy ladino, pasea la mirada por el salón donde cuelgan las jaulas a granel y, de paso, sus ojillos brillantes avizoran el collar que la SURIPANTA luce y que no deja de sobar con sus marfileñas manos.)

LUIS CANDELAS.— Un señor estuvo en mi pajarería el otro día y me dio sus señas...

LA SURIPANTA.— Vamos, Periquín, que no hay ninguno en Madrí que no esté enterao de tu afisión... *(Al muchacho de la jaula.)* Llega acá, niño... A ver...

(El muchacho deja a la vista de los dos la jaula y vuelve a retirarse.)

LUIS CANDELAS.— *(Sacando un gran pañuelo y procediendo a sonarse la nariz.)* Vea, vea su señoría...

LA SURIPANTA.— *(Metiendo los deditos por la jaula.)* ¡Huy, qué monada; huy, qué casita tan chévere, mira!...

DON PEDRO.— *(Que se ha calado los anteojos y observa.)* Bah..., raza pequeña... De éstos tengo un montón...

LUIS CANDELAS.— Ah, si su señoría los quiere grandes...

DON PEDRO.— Yo no quiero nada...

LUIS CANDELAS.— Tengo unos cruces con verderón que... Niño, *(Al muchacho.)* anda y baja a por esos que están en el carro, los gordotes esos... *(El niño desaparece corriendo.)* Va a ver su señoría qué canarios. Si no le gustan éstos...

LA SURIPANTA.— Ay, pero ezto son divino... Mira qué cosita...

DON PEDRO.— De éstos tengo un montón... Ya estoy harto de tanto pájaro cantarín, que esto parece el Teatro Real...

LUIS CANDELAS.— Un servidor, no es por alabarme, pero en la cuistión de cruces tengo ejemplares únicos; ya verá cuando el chico los traiga.

DON PEDRO.— Parece que eres un experto en ornitología...

LUIS CANDELAS.— Un servior, toa la vía, desde que era asín de pequeñito, metío en cosas de pájaros... *(Levantando la cabeza.)* Me he criaio entre pájaros, señoría...

LA SURIPANTA.— Ya se ve, agüelo, ya se ve...

LUIS CANDELAS.— ¡A ver! Tengo mi pajarería acreditada desde 1798... en Ave María, 11, señoría, que a cualisquíá que usted pregunte...

DON PEDRO.— Y yo que no estaba enterao, mira...

LUIS CANDELAS.— *(Mirando de reojo hacia la puerta.)* Va a ver su señoría los pájaros que tengo. Con perdón de su señoría, va a ver pájaros, pero pájaros de verdad, que se va a caer de culo su señoría, con perdón... Mire qué pájaros... *(En efecto, los pájaros que entran son impresionantes,*

pues son ni más ni menos que CURRIYO el Marqués y el BALSAS, con la cara tapada por un pañolón y en las manos sendos pistolones con los que apuntan directamente al Oidor y a la SURIPANTA.)

LA SURIPANTA.— *(Cayendo desmayada.)* ¡Ay, benditoooo...!

DON PEDRO.— ¡Ay, mi madre...!

(Los dos pajarracos acuden a ambos y les amarran bien fuerte con sogas, les tapan la boca, etc. Los pájaros, asustados o satisfechos, se lanzan a cantar como poseídos.)

LUIS CANDELAS.— *(Que se ha vuelto joven de repente.)* Vamos al avío... *(Y lo primero que hace es quitar el collar a la SURIPANTA, que se estremece horrorizada, luego hace saltar la tapa de un secreter, de donde cae un chorro de monedas de oro. Mientras, los otros levantan cuadros y espejos en busca de cajas secretas; por la puerta entran otros dos de la banda con objetos brillantes que amontonan en la habitación, etc.)*

(Estamos ahora en la calle, donde hay un revoloteo de periódicos que pasan de mano en mano. La prensa es toda ella un grito de alarma, de ira, de soterrada crítica contra el gobierno.)

VOCES DIVERSAS.— *(Leyendo sueltos periodísticos.)* ¿Qué hacía entretanto la numerosa policía de que dispone el Gobierno? ¿Qué hacían los encargados de vigilar por la defensa y seguridad de los ciudadanos?

VOZ MALIGNA DE UNA SEÑORONA.— ¿Qué hacían? Pasear por la Puerta del Sol y por la misma calle donde se cometió el robo, altaneros y con ademanes despóticos insultando con sus miradas a los ardientes defensores de la libertad, que han sacrificado... *(Una mano masculina la intenta tapar la boca.)*

VOZ MASCULINA.— Te calles, Ermelinda, que te pierdes...

LA SEÑORONA.— *(Dando un manotazo a su marido.)* Te calles tú, Felipe...

VOCES EN CORO.— *(Mientras los periódicos vuelan.)* ¿Qué hace el Gobierno que no pone coto a tamaña desmoralización? A escándalos tan inauditos. ¿Qué se puede esperar de un Ministerio que permite tales iniquidades con los ciudadanos pacíficos y honrados?

UN CIUDADANO.— (*Especie de catón, levantando el dedo.*) Los individuos que componen el Gobierno actual son una calamidad cuyo yugo no debe sufrir la nación por más tiempo, so pena de envilecerse y degradarse... (*Mientras esto dice, llevado por el ardor de su oratoria, un randa que se ha situado junto a él le saca el reloj del bolsillo del chaleco y sale balanceándose y alegre.*)

(*En su regio despacho, don Francisco Javier Istúriz, MINISTRO DEL INTERIOR, está dando tremendos bastonazos sobre su mesa. Los ojos se le salen de las órbitas, la barba bermeja tiembla, los labios sueltan espumarajos, la aporreada mesa suelta esquirlas de madera, una lluvia de documentos vuela por el aire y el JEFE DE POLICÍA y tres subalternos aparecen ante el prepotente MINISTRO horrorizados.*)

MINISTRO.— (*Descargando los tremendos golpes sobre la mesa.*) ¡Mecagüen Luis Candelas, mecagüen Luis Candelas, mecagüen Luis Candelas y en todos vosotros, en todos...! (*Los polizontes están encogidos, esperando que el bastón siniestro caiga sobre ellos.*) ... ¡Vaya escándalo, vaya ridículo y vaya!... Mecagüen Luis Candelas y en la madre de Luis Candelas y...

EL POLIZONTE.— (*Con cara de paleta de Móstoles.*) No diga eso, excelencia, que ya está muerta...

MINISTRO.— (*Avanzando hacia él con el bastón enarbolado.*) ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo?

EL JEFE.— (*Avanzando también hacia el pobre polizonte.*) ¿Cómo lo sabes?

EL POLIZONTE.— (*Tratando de defenderse y tapándose la cabeza con los brazos.*) Eso es lo que dicen, dice...

MINISTRO.— ¿Qué dicen? ¿Qué te ha contado a ti? ¿Tú qué sabes?

EL JEFE.— (*Cogiéndole del cuello.*) Habla. Lavajos, habla...

EL POLIZONTE.— (*Llorando.*) Un servidor, no sé..., lo que dicen...

MINISTRO.— ¿Qué dicen?

EL POLIZONTE.— (*Llorando.*) Yo qué sé, que icen que su madre murió, y por eso...

EL JEFE.— ¿Y quién lo dice? ¿Tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho, hijo e...?

OTRO POLI.— Los confidentes...

MINISTRO.— Habla o te saco los sesos...

EL POLIZONTE.— Lo cantan los ciegos...

MINISTRO.— (*Asombrado.*) ¿Lo cantan los ciegos?

EL JEFE.— Coplas de ciego, excelencia, que andan por ahí...

MINISTRO.— (*Con el bastón alzado como un Júpiter tonante.*) Mecagüen la leche de todos vosotros. Como yo coja a un ciego de éstos lo dejo cojo, y manco además... ¿O sea que encima anda ya metido en coplas ese bellaco o esa puta, que cualquiera sabe lo que es...? Y la oposición divirtiéndose a costa mía y el cabrón masonazo de Olózaga frotándose las manos... Cagüen la leche de todos vosotros, que como no me pilléis al Candelas ese os hago picadillo, os saco la piel a tiras, os asesino como me llamo... (*El bastón terrible va a caer sobre los pobres polizontes, que esconden la chola entre los brazos. A los juramentos del señor MINISTRO parece unirse un rumor de espuelas que cabalga sobre las paredes.*)

NOVENA ENTREGA. EMPIEZA EL ACOSO

Donde conocemos al jefe de Policía, Chico, encarnizado enemigo de Luis Candelas.

Siniestra oficina policiaca. Paredes renegridas de humo. Techos con goteras. Tragaluces enrejados que sólo dejan pasar una luz espesa y mortecina. Trozos de cadenas colgando de las vigas, etc. Rezagos de vieja ergástula inquisitorial. Escena no menos siniestra: POLIZONTES encorvados alrededor de un brasero, las manos con sabañones extendidas al rescoldo del cisco. Un niño, vestido de obispo, atado con fuertes maromas a un sillón frailuno. La cara abobada, con ojos azules e ingenuos, parece tranquila. Un tipo envuelto en una capa, embozado, se pasea nervioso y friolento soltando de vez en cuando juramentos. Cuadro, en fin, de sombras y jorobas muy cercano a la pintura negra del maestro Goya.

EMBOZADO.— ¡Mecagüen la...! ¿Será posible? Pero ¿será posible? Pero leche, ¿será posible? ... Y el frío que hace aquí, y la hora que debe ser y con lo que uno tiene que hacer. ¡Mecagüen Judas Macabeo...!

POLIZONTE 1.— La verdad es que hace un frío que pela... (*Al otro POLIZONTE, que está a su lado.*) Aparta un poco, Lavajos, que me caliente una miajita, que todos semos hermanos...

POLIZONTE 2.— Y esto no calienta por más que le eche uno firmas, que ni el ministro firmando..., y ya ves, pa na... (*Remueve las brasas del brasero.*)

EMBOZADO.— (*Tiritando o sacudiéndose de rabia.*) Brrrrrr...

POLIZONTE 3.— (*Cantiñeando.*) «Una noite-na era do trigo...»

POLIZONTE 1.— (*Al EMBOZADO.*) Acérquese, maestro, y caliéntese un poco...

EMBOZADO.— ¿Yo? ¿Calentarme? Como si no estuviá suficientemente quemao...

POLIZONTE 2.— Porque lo mismo le van a dar la una que las dos, que aquí se sabe cuándo uno entra, pero no cuándo sale..., je, je, je... (*Risa malintencionada.*)

POLIZONTE 3.— Respective a menda ya doy por perdío el «piri»...

POLIZONTE 2.— Se lo comerá tu parienta...

EMBOZADO.— Qué barbaridad, qué barbaridad, qué barbaridad...

POLIZONTE 1.— (*Con sorna.*) La gente que muere...

EMBOZADO.— (*Con rabia.*) Ni que fuera yo el detenido... Viene uno a denunciar, porque le han saqueao la tienda, y encima, mira...

POLIZONTE 1.—... Ése es el culpable, (*Su dedo judaico señala al obispillo amarrado al sillón.*) de modo que si quiere arrimarle una güena tollina, nosotros semos músicos...

EMBOZADO.— (*Parándose ante el preso.*) De buena gana le iba a... (*Levanta el puño y el NIÑO le mira impasible.*) Lo que pasa es que no es mi género...

POLIZONTE 3.— (*Ofreciéndole la badila.*) Si quie usted darle en el coco con esto...

EMBOZADO.— Que no, hombre, que no, que...

POLIZONTE 1.— ¿Y ha sío mucho lo que le han robao?

EMBOZADO.— ¿Mucho? ¡To el almacén! Casullas bordadas, roquetes, túnicas, cortinajes... ¡Ay, madre!, no me levanto en diez años... ¡Ay, madre!... (*El pobre se tira de los pelos.*)

POLIZONTE 2.— Ahora, cuando venga el jefe, va usted a ver, se arregla to...

POLIZONTE 3.— Menúo es el jefe. El señor Chico; naide detrás de la puerta...

POLIZONTE 2.— Huy, ése... Militar de caballería retirao... ¡Na...!

POLIZONTE 1.— Vas a ver... (*Se dirige al niño vestido de obispo.*) Va a ver Su Ilustrísima la que le espera, vas a ver si vas a soltar la lengua o no...

POLIZONTE 2.— Lo que es la lengua ya la pue dar por perdía...

EMBOZADO.— (*Volviéndose a detener delante del NIÑO.*) Ilustrísima, ilustrísima... ¡Te daba así!... Y yo que creía que era verdad, que era el obispo de Nueva Granada, y resulta que es un tonto e Lavapiés...

POLIZONTE 1.— (*Con cierta satisfacción.*) Lo que saben, lo que sabe el Luis Candelas ése... Amos que...

EMBOZADO.— A cualisquíá le hubía dao el pego... Se me presenta delante la tienda una carroza con cuatro curas y un obispo dentro... (*Mira con asco al NIÑO.*) y me dicen que el obispo de Nueva Granada venía a comprar géneros para su catedral... ¿Yo qué iba a hacer?

POLIZONTE 1.— Pues servirles, naturalmente...

EMBOZADO.— Y este niño venga a echar bendiciones...

POLIZONTE 3.— (*Relamiéndose de gusto.*) Bendiciones va a tener ahora en la misma crisma pa pasar el rato... ¿Que no?

EMBOZADO.— Y van y me dicen... (*Imitando malamente, histriónicamente, a los ladrones.*) «Vamos a llevar el género a la capilla, mientras su ilustrísima descansa y volvemos a por ella...» Y éste, echando bendiciones y diciendo «está muy bien, está muy bien»...

EL NIÑO.— (*Como si le remedara.*) Ta mu bien..., ta mu bien...

EMBOZADO.— Ahora sí que no me aguanto... (*Y va y le da un coscorrón al niño.*)

EL NIÑO.— (*Achinando los ojos al recibir el golpe.*) Ta mu bien...

POLIZONTE 2.— Si usted frecuentara ciertos sitios, ya conocería al Tontiles, que es éste y opera por la cal Barquillo...

EMBOZADO.— (*Muy tieso.*) Un servior es un honrado comerciante de géneros eclesiásticos de la calle Postas... y no anda por los garitos de esta maldita ciudad...

POLIZONTE 1.— Pero, hombre, si a éste le tenemos bien conocío de toa la vía... El Tontiles... Pos no le hemos calentao ni na a éste...

POLIZONTE 2.— Pero tie la piel más dura. Ya le pue uno zurrar que... Un callo es to su cuerpo. Por eso paece mayor y tie jeta e sufrió mártir de la Iglesia...

EMBOZADO.— (*Alzando los brazos al cielo.*) Y que esto me pase a mí, a mí, a mí...

POLIZONTE 1.— Por eso digo que va a ser difícil sacarle na a éste, por mucha tenaza que empleemos. Y el jefe, el Candelas, ése ya tendrá tol género a buen recaudo...

EMBOZADO.— ¡Y con deudas, con deudas además!... ¿Cómo pago yo? Un pistoletazo, me tengo que pegar un pistoletazo... ¡Ay, Teodora mía, que te vas a quedar viuda sin cumplir los cuarenta...! (*El hombre llora desconsolado y los POLIZONTES suspiran.*)

POLIZONTE 1.— Cálmesese, compadre, y no se haga mala sangre, que no merece la pena...

POLIZONTE 2.— (*Como un eco.*)...Vale la pena. (*Escupe por el rabillo de la boca.*)

EMBOZADO.— Sí que no..., ¡na...!

POLIZONTE 3.— (*Que denota un especial sentido práctico.*) En la tasca de ahí enfrente despachan un orujo, compadre, que además de calentar los entresijos, resucita a un muerto... Váyase y tómese un par de copas a nuestra salud, y si se acuerda de los pobres...

EMBOZADO.— Sí, estaría bueno, encima voy a convidar yo a aguardiente...

POLIZONTE 2.— (*Dirigiéndose a POLIZONTE 1.*) Ráscate tú el bolsibiris, Lavajos, y convíanos...

POLIZONTE 1.— No sé de qué...

POLIZONTE 2.— Del bagaje que cobraste por lo del muerto...

POLIZONTE 1.— (*Levantando la badila.*) A ve y te doy con ésta...

EMBOZADO.— (*Que ha sacado su reloj de bolsillo, resplandor de plata en la siniestra lobreguez del calabozo.*) ¡Arsa!..., la una van a dar y yo aquí...

POLIZONTE 1.— (*Tendiendo la garra hacia el reloj.*) Vaya cebolleta de buten que tie el amigo... (*Las cabezas de los POLIZONTES avizorantes.*) ¿Me permite?

EMBOZADO.— (*Dejando que toquen el reloj, pero sin dejar que suelten la cadena que le une al chaleco y muy mosca.*) Es suizo...

POLIZONTE 1.— (*Manoseándolo con delectación.*) ¡Vaya prenda...!

EMBOZADO.— Pues se retrasa, hace días que se retrasa...

POLIZONTE 2.— Tenga cuidao, tenga cuidao y no lo lleve por ahí si no quie quedarse sin él...

EMBOZADO.— (*Quitándoles el reloj y volviendo a guardárselo.*) Sólo faltaría que me dejaran sin este triste recuerdo...

(Hay ahora un silencio interrumpido por tosecillas y carraspeos.)

POLIZONTE 3.— (*Con toda su malsana intención, al EMBOZADO.*) ¿Y no se va a sentar el amigo? ¿O es que quie crecer? Se lo digo porque va pa rato. El jefe debe estar fuera y no va a venir así como así...

POLIZONTE 1.— Estará ocupao en la tasca el Cuclillo...

POLIZONTE 2.— O en La Fontana..., y nosotros aquí pasando frío... (*Tose y todo para aumentar la imagen de sufrimiento.*)

EMBOZADO.— ¡Mecagüen la leche que mamé, mecagüen...!

POLIZONTE 1.— Si nosotros pudiéramos atenderle, amigo, pero ya sabe usté la del refrán: donde hay patrón no manda marinero...

POLIZONTE 3.— (*Pasándose la mano por los labios.*) Anda que si por mi fuera ya había hecho cantar a ese niño y cincuenta niños como él, amos, había hecho cantar a tos los seises de la Catedral de Sevilla, este servidor, Paquito Miraflores, pa servirles...

POLIZONTE 1.— (*Con un gran desprecio.*) Mírale, fanfa, como siempre... ¿Habías hecho cantar a quién? Tú no haces cantar ni a un canario..., ni...

POLIZONTE 3.— ¿No? ¿No? ¿Y pa qué fui lego en la Congregación tanto tiempo? ¿Eh?

POLIZONTE 1.— ¡Toma! Miá con la que sale ahora éste... ¡Nos ha amolado, si entoavía hubiá el Santo Oficio, ya estaba, mía tú...! ¡Así...!

POLIZONTE 3.— (*Echando saliva por la boca de puro gusto.*) Una cánula ardiendo en el culo con lejía y pimienta cantaba hasta la primera nana que oyó ese niño...

POLIZONTE 1.— Pero estamos en tiempos constitucionales, entérate, Paquiro, que te enteres...

POLIZONTE 3.— ¿Y qué?

POLIZONTE 1.— Que te juegas el puesto por una mierda como ése...

POLIZONTE 3.— Pues así se acaba deprisa y corriendo...

POLIZONTE 2.— Estamos andando pa atrás, como el cangrejo, con tanto progresismo.

POLIZONTE 1.— Pues sí que ahora se puede andar con esos juegos... Miá tú, el Candelas, la suerte que tiene, que no le van a colgar, que le van a poner el anillo ese...

POLIZONTE 3.— El agarrote vil, eso sí que es un adelanto, oye...

POLIZONTE 1.— La suerte que tien tos los granujas, leche...

EMBOZADO.— (*Harto ya, acude a sentarse al banco; los otros le hacen sitio.*)
¡Mecagüen...!

POLIZONTE 1.— Sí, hombre, siéntese, que lo mismo le van a dar...

EMBOZADO.— Se dice pronto, se dice pronto, se dice pronto...

POLIZONTE 3.— Bienveníó al banco e la paciencia, amigo...

EMBOZADO.— (*Sacando una moneda del bolsillo que hace erguirse a todos.*)
¿Y aónde está ese aguardiente?

(*La moneda desaparece al momento.*)

POLIZONTE 3.— (*Saliendo de estampía luego de embutirse la gorra de hule hasta los ojos.*) Ya mismo vuelvo...

(Pero la mala suerte hace que en el momento de cruzar el umbral de la puerta se tope nada menos que con el JEFE DE LA POLICÍA, señor García Chico, un gigantón, cargado de espaldas, ojos saltones, belfo caído, piernas arqueadas del que tanto usó el caballo. Tropieza con el JEFE y éste le atiza tal bastonazo en la chola que el otro se pone a bailar de alegría.)

CHICO.— *(Luego de arrear el bastonazo al POLIZONTE.)* ¡Ya estoy aquí, ya estoy aquí...! *(Sacude el bastón en la mano, ante los otros polis, que se han puesto de pie en actitud de firmes, mientras el golpeado lloriquea.)* Ya estoy aquí... ¡A ver...! *(Pero antes de que nadie abra los labios, aterroizados por la presencia del terrible JEFE, éste se lanza como una fiera hacia el EMBOZADO, que no puede reaccionar y se ve engarfiado por el JEFE, que lo coge por el cuello, lo zarandea, lo sacude...)* ¡Por fin!... ¡Ya te tengo!... ¡Ya era hora..., cabronazo..., hijo de la gran puta...! ¡Joío bellaco!... ¡Ya, ya, ya...! Ya te tengo, maldito Candelas... ¡Ya era hora!... Te voy a... *(El pobre EMBOZADO no puede ni gritar; un graznido de gallina apenas sale de sus labios. Los otros no pueden tampoco articular palabra, presas del terror.)* ¡Ya te tengo, ya te tengo...! ¿Qué creías, que no te iba a pillar? ¿Que yo no te iba a pillar...?

EL TONTO.— *(Desde su asiento frailuno, como si fuera un lorito.)* ... Ta mu bien... Ta mu bien...

DÉCIMA ENTREGA. UN HOGAR BURGUEÉS DE 1830

Que nos ilustra sobre la vida secreta de nuestro héroe.

Lujoso y modernísimo piso principal en la carrera de San Jerónimo, junto a la misma Puerta del Sol. Grandes cristalerías cubiertas de solemnes cortinajes, dorados, cuadros, cornucopias, piano, floreros, pájaros, todo el esplendor, en suma, del estilo imperio. Tendida en una «chaise-longue», al estilo, un poco anticuado ya, de madame Recamier, una damisela, ataviada a la griega, bucles rubios rizados cayéndole sobre la frente, las uñas de los pies pintadas, descalza, hojea un periódico. Es ya de noche. Llegan amortiguadas las campanas de la Casa del Correo, en la cercana Puerta del Sol. La damisela en cuestión deja caer el periódico en su regazo (es una divinidad de criatura y parece una pequeña Venus praxiteliana en deshábille) y bosteza. Escucha el sonar de las campanas.

MARÍA MANUELA.— ¡Oh, mon Dieu! Las once. Las once ya y ése sin venir. ¡Oh, mon Dieu!... *(Se levanta y va a tirar de un cordón que hay junto al espejo, se alisa un poco los cabellos mirándose a la luna, que le devuelve su esbelta y singular figura.)* Y no viene nadie...

(Vuelve a tirar con fuerza del cordón y por fin aparece un CRIADO: patillas de boca de hacha, guedejas moriscas, talle ceñido por una faja roja sobre el gris perla de la librea, un auténtico pillito camuflado, que hace una gran reverencia a la damisela.)

CRIADO.— Señorita...

MARÍA MANUELA.— Oh, Marcelino... ¿Está usted solo?

CRiado.— (*Evitando escupir por el rabillo de la boca, pero lleno de satisfacción y preponderancia.*) Mejor acompañao no podía estar, señorita...

MARÍA MANUELA.— ¿Ha oído usted la hora que era?

CRiado.— Temprano. Las once. Temprano...

MARÍA MANUELA.— ¿Y dónde están los demás, oh Marcelino?

CRiado.— Pues... la Colasa pelando la pava con su novio en la Puerta del Sol, y la Micaela, en la novena...

MARÍA MANUELA.— ¡A las once de la noche, mon Dieu!

CRiado.— Las once de la noche, en los madriles, señorita, es la media tarde, como aquel que dice...

MARÍA MANUELA.— (*Estrujando entre sus manos un pañuelillo perfumado.*)
Y el señorito sin venir...

CRiado.— (*Muy atento y muy protector.*) El señorito tie tanto que hacer...

MARÍA MANUELA.— Mon Dieu...

CRiado.— Si quiere que la sirva la cena, no lo tie más que decir...

MARÍA MANUELA.— Oh, no..., no... Espero que no tardará, ¿verdad?

CRiado.— No, no tardará. Ya estará al caer...

MARÍA MANUELA.— Ay, es que estoy tan volada, Marcelino. Tan volada estoy con eso de los robos...

CRiado.— En cuanto a ese respectivo, señorita, pue usted estar más que tranquila, que el señorito es mucho señorito y no se le pela así como así...

MARÍA MANUELA.— (*Tratando de retener al CRIADO.*) ¡Dicen tantas cosas de ese Luis Candelas...!

CRiado.— (*Medio cantineando.*) Corre que corre, vuela que vuela...

MARÍA MANUELA.— Cuentan unas cosas...

CRiado.— Ni caso, señorita. Un servior se crió en Ronda y de eso sabe lo suyo. Ya digo, ni preocuparse...

MARÍA MANUELA.— Huy..., acabo de leer ahí que ha asaltado la diligencia de Valladolid y ha cogido presos a todos los viajeros... Un horror, Marcelino, un horror...

CRiado.— ¿... Ése? Cualquier cosa, señorita. Y no hay quien le eche el guante por lo visto... Dicen que el jefe de Policía, el Chico ese, que lo cree ver por todas partes, que se ha vuelto como loco, que pillá al primero que encuentra creyendo que es Candelas... El redículo, señorita; están haciendo tos el redículo, y perdone la manera de hablar...

MARÍA MANUELA.— ¿Y dónde estará este hombre a la hora que es, si me dijo que vendría antes de la puesta del sol?

CRIADO.— Iba a ir de caza, tengo entendido, y a luego tenía reunión en eso de los masones o lo que fuera...

MARÍA MANUELA.— (*Escandalizada.*) ¿Masones? ¿Ha dicho usted masones?

CRIADO.— ¿He dicho masones? ¿No es eso?

MARÍA MANUELA.— Ay, no sé...

CRIADO.— Eso de las reuniones del señorito...

MARÍA MANUELA.— ¡Ay, Marcelino!..., cada día se entera una de algo nuevo...

CRIADO.— Son cosas de los señoritos, y el que los entienda, que los compre, con perdón... (*Agudizando la oreja.*) Ah, pero me parece que aquí está... (*Asomándose a la puerta.*) Sí, aquí está... (*Haciendo una profunda reverencia.*) Buenas noches, señorito...

(Y el que entra es el propio LUIS CANDELAS, envuelto en su soberbia capa con alamares de plata, que acoge a su esposa en un fuerte abrazo.)

MARÍA MANUELA.— Oh, mon cherí, mon cherí...

LUIS.— María Manuela...

MARÍA MANUELA.— Estaba tan inquieta. Tan inquieta... Tardabas tanto en venir, cariño. Y aquí solita, yo solita, con los criados...

(El CRIADO se ha escabullido muy discretamente.)

LUIS.— (*Que se ha despojado de la capa, que se ha puesto cómodo.*) ¡Tanto pelmazo, tanto pedigüeño, tanto...!

MARÍA MANUELA.— ¡Y tanta conspiración! Tanta. ¿Para qué? ¿Para qué, Luis, tanta política? ¿Para eso me casé contigo? ¿Para que sólo te dediques a la política y me dejes aquí sola? ¡Oh, mon Dieu! No hay derecho...

LUIS.— No tuerzas el morrito, María Manuela, que te tengo una sorpresa...

MARÍA MANUELA.— Ay, no quiero sorpresas, quiero estar contigo. Anda, que traigan la cena...

LUIS.— Cierra los ojos, anda, cierra los ojos...

MARÍA MANUELA.— (*Condescendiente.*) Bueno... (*Cierra los ojitos y él va por detrás y le coloca en el cuello aquel hermoso collar de brillantes que robó en casa del Oidor de La Habana.*)

LUIS.— *(Besándola apasionadamente, al moderno estilo romántico, en el cuello.)* Mírate al espejo, Manolita mía...

(La MANUELA va corriendo al espejo, y al contemplar la joya, casi cae desmayada.)

MARÍA MANUELA.— Oh... Oh... *(Cae rendida en brazos de su esposo y ambos se revuelcan en la «chaise-longue», apasionadamente.)*

LUIS.— *(Besando y acariciando el cuello de su coima.)* Este cuello tan hermoso, este grácil cuello que los mismos cisnes envidiarían, este delicado y terso cuello, necesitaba esta joya, esta alhaja...

MARÍA MANUELA.— *(Casi llorando.)* ¡Oh, mon cherí, mon cherí, mon cherí...!

LUIS.— *(Como obsesionado por el cuello de la criatura.)* Este cuellecito de mi ninfa que no lo toque nadie, nadie, nadie...

MARÍA MANUELA.— Tú sólo, tú sólo, mon cherí...

LUIS.— Menda, vamos, yo, y las piedras preciosas, más preciosas que haya en el mundo entero...

MARÍA MANUELA.— *(Pasándose la mano por los brillantes y recitando una repentina poesía, aprendida hace poco.)* «La luz deslumbradora de tus ojos, la luz de tu mirada cristalina, la cambio yo por el mejor diamante...»

LUIS.— *(Emborrachado de lírica romántica.)* Las luces de tus ojos son mejores... *(Y estampa dos rotundos besos en cada ojo de su adorada, para a continuación pasar de la poesía a la prosa en un abismal exabrupto.)* Y ahora vamos a cenar esas estupendas judías con chorizo, que deben estar ya a punto...

MARÍA MANUELA.— *(Horrorizada ante el prosaísmo de su marido, pero riéndose a la vez.)* Oh, mon cherí... ¿Tanto apetito tienes?

LUIS.— *(Tirando del cordón.)* Apetito, apetito..., apetito... *(Aparece el CRIADO.)* ¿Están listas esas judías...?

CRIADO.— A la lumbre están...

LUIS.— ¿Con buen chorizo?

CRIADO.— *(Guiñando un ojo.)* Y oreja de cerdo...

LUIS.— Pues vamos a la mesa...

MARÍA MANUELA.— *(Abrazando a LUIS.)* Oh, mentira me parece poder gozar contigo en una cena íntima. Cuando me paso las horas sola, sola, sola... Y asustada, Luis, asustada...

LUIS.— ¿Y por qué se asusta la niña de mis ojos?

MARÍA MANUELA.— Oh, por ese malvado, ese bandido... Luis Candelas...

LUIS.— ¿Candelas?

MARÍA MANUELA.— Acabo de leer ahí, en *La Época*, que ha asaltado la diligencia de Valladolid...

LUIS.— Pues vaya suerte...

MARÍA MANUELA.— ¡Oh!

LUIS.— Pero si ese Luis Candelas no existe...

MARÍA MANUELA.— ¿No existe?

LUIS.— Pues claro, mujer, no existe. Luis Candelas no existe...

MARÍA MANUELA.— (*Perpleja.*) ¿Un invento?

LUIS.— Claro, tonta. Lo han inventao los políticos pa echarle la culpa de los robos que hacen ellos...

MARÍA MANUELA.— (*Horadándole con sus ojillos.*) Pues tú también eres político...

LUIS.— ¿Yo político? Yo soy un guerrillero que lucha por la libertad...

MARÍA MANUELA.— Dichosa lucha también...

LUIS.— Y por el mayorazgo de los míos, de los Zambrano... (*Acariciándola dulcemente.*) Ya verás cuando entre en posesión del mayorazgo cómo no te dejaré sola nunca más y podremos vivir a nuestras anchas...

MARÍA MANUELA.— Oh, si Dios te oyera...

LUIS.— El mayorazgo de los Zambrano..., uno de los más grandes de España...

MARÍA MANUELA.— Si fuera verdad... Mon cherí...

LUIS.— Vas a verlo..., y de ese Candelas desgraciao, ni preocuparte...

(*Entra el CRIADO con la bandeja y la cena.*)

CRIADO.— Aquí están ya las habichuelas con chorizamen y orejita de cerdo. Pa chuparse los dátiles... (*Y guiña el ojo a su amo.*)

LUIS.— ¿Y del vino, qué?

CRIADO.— (*Sacando la botella.*) Vino de Valdepeñas, de la tasca de la Garduña...

LUIS.— Ele...

MARÍA MANUELA.— (*Riéndose de las ordinaries de su marido.*) Ay, qué Luis este... ¿Quién diría que eras de la casa marquesal de los Zambrano de Díaz de Bahamontes...?

LUIS.— (*Escupiendo tranquilamente por el rabillo de la boca.*) Ya ves..., cosas...

MARÍA MANUELA.— (*Al CRIADO.*) ¿Y qué hace usted, Marcelino, que no enciende las velas?

CRIADO.— (*Que estaba colocando las viandas en la mesa.*) Ay, leñe, las velas..., que si no me lo dicen... (*Y empieza a encender las velas a la vez que canturrea por lo bajini una coplilla de moda.*) Luis Candelas, Luis Candelas, corre que corre, vuela que vuela...

MARÍA MANUELA.— (*En el sofá, abrazada a su marido.*) Mentira me parece tenerte a mi vera, Luisito mío... Mañana voy a las esclavas a dar gracias a nuestro Padre Jesús por tenerte a mi vera, a mi verita... (*Y la pobre le estrecha con hondo cariño. Él se deja como una criatura.*)

LUIS.— Vamos a cenar y luego...

MARÍA MANUELA.— No te separes más de mí, ni te vayas. Deja eso de la libertad y lo del mayorazgo... y...

CRIADO.— (*Sin respetar las efusiones.*) Se enfrían las judías...

LUIS.— (*Levantándose y yendo hacia la mesa, brillantemente iluminada con las velas.*) ... Amos p'allá...

MARÍA MANUELA.— (*Arreglándose los pliegues del vestío.*) Oh, mon Dieu...

LUIS.— (*Mientras el CRIADO escancia y le dice unas palabritas al oído.*) Lo primero a brindar... Vamos, niña... (*Levantando la copa.*) Va por Luis Candelas...

MARÍA MANUELA.— (*Con la copa en la mano.*) Oh, quel grosseur...

LUIS.— Por Luis Candelas, por Luis Zambrano, por todos los jabatos de esta tierra... y por mi dulce esposa, María Manuela de los Reyes... (*Beben y se besan. El CRIADO sonríe como avezada Celestina.*)

MARÍA MANUELA.— Por que no me vuelvas a dejar sola, cariño. Que no andes tanto por ahí, que no te vayas de viaje, que me quieras, que no seas malo...

LUIS.— ¿Malo yo?

MARÍA MANUELA.— (*Enseñando sus dientes blancos y hermosos.*) Malísimo..., pero hechicero...

LUIS.— (*Pasando por encima del piropo.*) A ver cómo están las judías...

MARÍA MANUELA.— Lo que a ti te guste, para mí es el manjar más exquisito...

LUIS.— (*Que ya está devorando el plato.*) Come, come, marquesita de Zambrano...

(En este momento se oyen unos golpes tremendos dados en el portalón de la calle.)

CRIADO.— Están llamando, señorito, bajo a ver... *(Lo ha dicho con tal aire de alarma que no puede dejar de producir inquietud en la damisela.)*

MARÍA MANUELA.— ¡Vaya, a estas horas...!

LUIS.— *(Pasándose la mano por la casaca, como cerciorándose de que tiene algo imprescindible.)* No te preocupes y come, que estás muy flaca...

MARÍA MANUELA.— *(Con el tenedor ante los labios.)* Será Colasa, que fue a la Puerta del Sol..., o la cocinera, que fue a la novena...

LUIS.— No tiembles, no tiembles, que no pasa nada...

(Entra el CRIADO. Viene descompuesto.)

CRIADO.— *(Balbuceante.)* Que esperan a don Luis de Zambrano en la carroza, que...

LUIS.— *(Se ha levantado de un salto.)* Pues díles que ya pueden esperar... *(Tragándose un cucharón de judías.)* Lástima de judías... *(Dando un apretado beso a su coima.)* Y lástima de idilio... *(Y sin decir más, tras tocar un resorte que hay junto a la chimenea, desaparece por una puerta secreta.)*

MARÍA MANUELA.— *(Totalmente alelada, con el tenedor en la mano.)* Pero, bueno, pero...

CRIADO.— *(Con un dedo en los labios.)* Chiss..., coma... Usté no sabe nada... *(Retirando de prisa el cubierto de LUIS y escondiéndolo.)* No sabe nada...

(Se oyen pasos, voces, carraspeos de gente que sube por la escalera.)

UNDÉCIMA ENTREGA. SIGUE EL ACOSO

Que nos cuenta la desesperación del policía Chico al ver que
Candelas se le escurre de las garras.

En la siniestra oficina de Policía presidida por el ex teniente coronel de Caballería García Chico –Chico para la plebe madrileña– éste parece totalmente congestionado, a punto de locura, los ojos desorbitados, el bigote retorcido, los pelos erizados. Tiene en la mano una verga de buey terrible con la que corta el aire al blandirla. Y ante él, aterrorizados y sin resuello, los tres POLIZONTES que ya conocimos anteriormente, sólo que ahora los vemos ataviados de otra suerte; uno de ellos está vestido de GITANA, con su manto de flecos, su pañuelo a la cabeza, sus clavelones sobre las orejas; otro está vestido de AGUADOR y tiene a su vera la cuba de agua y todo; un tercero está vestido de POBRE DE SAN BERNARDINO, con su gorra de hule y su bote de colillas y la yesca para encender cigarros; los tres en pie, en actitud de firmes, lívidos. Los velones que iluminan la escena agrandan las siluetas y parece escucharse de nuevo el rumor de las cadenas y el quebrantamiento de huesos propio de aquella ergástula que fue convento inquisitorial.

CHICO.– *(Paseándose ante los tres estafermos y agitando la verga con furia, lanzando gruñidos ininteligibles.)* ¡Brrr!... ¡Mecagüen!... ¡La mare que!... ¡Juuuu!... ¡Eh!... ¡Te!... *(Al que está vestido de gitana.)* ¡Tú, aquí!

GITANA.– *(Que no termina de acercarse.)* ¿Servior?...

CHICO.– *(Temblando de furia.)* ¡Brrrrr!...

GITANA.– *(Muy dulce.)* ¿Serviora?... *(Pero el temible jefe le ha cogido ya de una oreja y le ha acercado a sí; le coge el brazo con su garra libre.)*

CHICO.– ¡Tiende la mano, la mano!...

GITANA.– ¡Ay!... *(Gime, aunque aún no le ha pegado.)* ¡Ay!...

(El segundo lamento se produce cuando la verga cae sobre la mano extendida. Terribles palmetazos que resueñan en la húmeda oquedad del camaranchón y que hacen temblar a los otros.)

CHICO.— ¡Toma, toma y toma!... Pa que... te sirvan de algo las manos y...

GITANA.— *(Llorando.)* ¡Ay, ay, ay, ay!..., ¡señorito, por el amor de Dios, por el amor de Dios!...

CHICO.— *(Inflexible.)* ¡La otra mano, la otra!...

GITANA.— ¡Ay, Jesús del Gran Poder, ampárame!... *(Tiene que extender la otra mano para recibir la otra tanda de palmetazos.)*

CHICO.— ¿Dónde estabas cuando salió el ladrón?

GITANA.— ¡Ay, en mi puesto, señorito, en mi puesto, por...! ¡Ay!... *(Nuevos palmetazos.)* En la taberna el Grillo, que hacía mucho frío y me fui a tomar una copa...

CHICO.— *(Atizándole nuevos palmetazos.)* ¡Mala puta, que eres una mala puta!... ¡Eso es lo que eres, una mala puta, que... una borracha, una...!

GITANA.— ¡Ay, señorito, máteme, máteme Usía de una vez, que le juro por mis hijos que...!

CHICO.— Y mientras te tomabas la copa, mala zorra, el Candelas se escapaba por la trastienda... ¡Hijaputa que te...! *(La da un inmenso taratantán que la tira al suelo; él mismo la ayuda a incorporarse y la pone de rodillas sobre unos ladrillos puntiagudos que hay colocados al efecto.)* Ahí de rodillas, que luego volveré contigo... ¡Y los brazos en cruz!... *(Le hace poner los brazos en cruz; las palmas sangrientas de la pobre «GITANA» ponen una nota de horror en el ya siniestro calabozo.)* ... Vais a saber quién es Chico. Vais a saber quién es este baranda...

(Vuelve a pasear ante los otros dos, que están a punto de desmayo, sigue blandiendo la terrible verga, observa a través de sus espesas cejas a los dos POLIZONTES, que desearían que la tierra se los tragase, coge un puro y, cuando va a encenderlo, el polizonte que está disfrazado de POBRE DE SAN BERNARDINO, en un arranque de valentía, se acerca a él y le ofrece la yesca para que encienda, y sí, sí, el JEFE enciende, y nada más encender le prende el bi-

gote y parte de la barba. El polizonte decide tomarlo a broma y ríe descompasadamente, apagándose las chispas.)

POBRE.— ¡Huy, que me quema..., que me quema...!

CHICO.— Te voy a quemar por otro sitio...

(Le ha cogido de la bragueta del pantalón y parece que el muy bárbaro le va a meter el puro en las partes, pero opta por arrimarle un vergazo en la chola que hace saltar la gorra hasta el rincón donde gime de rodillas la «GITANA».)

POBRE.— *(Hablando muy deprisa.)* Un servior, un servior, que lo digan éstos, que lo diga el ciego Sevilla, que lo digan si no estuve en mi puesto... Dando lumbre por toa la cae Alcalá, por toa la cae Alcalá, por mis muertos se lo juro...

CHICO.— Lumbre, lumbre, lumbre... ¡Toma lumbre!...

(El muy bárbaro le ha cogido por el cogote, le ha puesto a cuatro patas y le atiza unos tremendos vergazos en el pompis que suenan como tremendos cañonazos, pero el de San Bernardino aguanta con más firmeza que la «GITANA» y no para de hablar.)

POBRE.— Que un servior no tie frío nunca, manque esté nevando, que di fuego a don Acisclo el de los Consumos, a don Torcuato, el de la Misericor..., a don Salus..., que se lo puen decir...

(Pero el temible Chico no se apiada y le tunde a modo, luego le coloca de rodillas al lado de la «GITANA» y en la misma postura.)

CHICO.— Esto es pa abrir boca, na más, que luego, después de que venga de cenar, terminaremos la conversación...

(El AGUADOR, mientras tanto, ha llenado un cazo con el agua de la bota y se lo ofrece al JEFE.)

AGUADOR.— Tome usía, que está un poquiñu acalorau, que un servidorciñu le va a explicar todú con pelus y señales, para que usía sepa lu que sun estus rapaces, que a un servidorciñu no lu duelen prendas... (*El caso es que el terrible Chico bebe, porque estaba sediento de la corajina y parece escuchar al POLIZONTE en trance de «AGUADOR».*) Porque estus de aquí. tantu el Lavajus comu el Tigrita, cubraron bagaje pur llevar el otro día un recaítu de unos señores, que sun mu bien mandaus y que yu se lu dije... ¿Me sigue usía? Que esu no eran maneras de vegilancia, que un servior por el aquel de subir col agua a las casas se conoce el personal mu requetebién, ainda mais...

CHICO.— (*Al ver que se detiene el POLIZONTE y agitando la verga que corta el aire produciendo un silbido escalofriante.*) Sigue, sigue... No te pares.

AGUADOR.— (*Dirigiendo el dedo índice de sucia uña contra los que gimen de rodillas.*) Nu se fie de ésus, nu se fie de ésus...

CHICO.— ¿Fiarne yo? ¡Qué disparate!...

AGUADOR.— Que un servidorciñu sabe lu que hay y que el tal Candelas vive cun una fulana de mu güen ver...

CHICO.— ¿Una fulana?

GITANA.— (*Extendiendo más los brazos al cielo.*) ¡Ay, san Judas Tadeo, amápame!...

AGUADOR.— (*Ante una seña perentoria del jefazo.*) Una gachí de muchu pústín de la ca San Jerónimu, que un serviorciñu la ha llevau l'agua...

CHICO.— (*Alborozado.*) ¡Olé tu mare! Eso ya es otra cosa. Daca la mano, gallego... (*Estrecha la mano del AGUADOR, que suda por el esfuerzo realizado, mientras su torva boca se rasga en una especie de sonrisa.*)

AGUADOR.— Pus ¿de cuándo iba un servidurciñu a nu cumplir cun seu deber... Ainda mais le diré... ay nu sé comu...

CHICO.— Anda, anda, di lo que tengas que decir... (*A los arrodillados.*) Y vosotros no miréis... (*Y le arrea a cada uno un buen vergazo en el hombro.*)

AGUADOR.— Pus... que el tal Candelas anda con el usía ese que se llama..., se llama dun Salus el Oloaga...

CHICO.— ¿El qué?

AGUADOR.— El Olo... Olo...

CHICO.— ¿No será Olózaga?

AGUADOR.— Mismamente, señuritu, ése... Ése que dice usía mismamente. Un gachó mu pulíticu, al decir de lus que saben...

CHICO.— ¿Y qué más?

AGUADOR.— Ainda mais... que se junta con ese bergante que dice usía en esu de la..., esu que esté pur la cae el León y nu se cómu se llama...

CHICO.— La logia... ¿Quieres decir la logia masónica?

AGUADOR.— Justu. Esu que ice su señuría... Mismamente, y ahí se juntan cun otros...

CHICO.— (*Atusándose el bigote.*) Vaya, vaya, y vaya... Eso ya es otra cosa, amigo. Eso ya pinta de otra manera... (*Reaccionando en plan severo.*) En suponiendo que no me engañes, porque si me engañas, por la madre que me parió que te rompo el espinazo como me llamo Chico...

AGUADOR.— (*Muy tranquilo y muy a la gallega.*) Pue usía romper lu que quiera, que lu que digu es la purísima verdad del Evangeliu...

CHICO.— (*Radiante de gozo volviéndose a los otros.*) ¿Estáis viendo lo que es trabajar bien? ¿Eh? ¿Lo estáis viendo, silbantes? (*Les arrea de nuevo.*) Pues así vais a tener el premio, porque vosotros dos os habéis de pudrir en el Fijo de Ceuta y éste (*Señalando al AGUADOR con la verga.*) va a ser mi ayudante desde ahora...

AGUADOR.— (*Con mucha modestia.*) Cumplir en lu que le mandan es lu que desea éste que lu es Saturnino Mureira, con perdón...

CHICO.— Y yo te prometo, Saturnino Moreira, que si pillamos a ese maldito tendrás la medalla del mérito, y éstos... (*Va hacia los otros dos y les zurra desesperadamente.*) se van al cementerio, como me llamo Chico, como me llamo Chico.

(Se oscurece la escena, y cuando se ilumina de nuevo, vemos sentado en un sillón dorado a un caballero ilustre de hermosas patillas y barba, con aire real. Frente a él, haciendo zalemas y reverencias, nuestro amigo CHICO, que parece otra persona. Su postura servil y lacayuda no tiene nada que ver con el que conocemos.)

CHICO.— (*Inclinándose reverentemente ante el prócer.*) Excelencia, excelencia, excelencia...

OLÓZAGA.— (*Lleno de preponderancia y cinismo.*) Déjate de zalemas y explícame a qué se debe que un polizonte de tu baja calaña tenga la osadía de llegar a mi casa... ¿Qué es lo que quieres? Habla antes de que mis lacayos te echen a palos...

- CHICO.— (*Casi de rodillas.*) No quiero molestar a su excelencia. Sólo un minuto más y luego mande su excelencia lo que sea, pero me trae un asunto de la mayor importancia...
- OLÓZAGA.— Sabes muy bien, lacayo del absolutismo, que yo he sido y seré liberal, y tu sola presencia mancha esta casa y mancilla mi honor... ¿Lo sabías?
- CHICO.— Sí, excelencia, sí, pero el deber es el deber...
- OLÓZAGA.— Habla y quítate de mi vista...
- CHICO.— Se trata, señoría, del tal Luis Candelas...
- OLÓZAGA.— (*Respirando tranquilo.*) Ah, ése...
- CHICO.— Ése, excelencia. Ahí está el asunto...
- OLÓZAGA.— (*Levantándose y dando un paseo por el salón.*) Bueno..., la verdad es que sí, le llegué a conocer en ciertas circunstancias... (*Volviéndose a él y enfrentádoles.*) y no me importa decírtelo. Sí, le conocí cuando me metieron en la trena... Era uno de los puntos del presidio... y desde entonces hemos tenido ciertas relaciones...
- CHICO.— Su Majestad está interesada por ese bandido...
- OLÓZAGA.— A Su Majestad la pueden dar por... Si vienes con ésas, ahí está la puerta... (*Le señala con el dedo la salida.*)
- CHICO.— (*Muy artero.*) Y hay además una buena cantidad de dinero por su... captura... (*Viendo que el político liberal se estira muy arrogante.*) que cobraría un servidor de usía y... y que no olvidaría su, su...
- OLÓZAGA.— (*Carraspeando.*) Ya..., pues, mira, si esperas cazar a ese pillastre, estás listo... Ése sabe más que le enseñaron. Y si tiene confianza en alguien, dímelo...
- CHICO.— (*Nueva zalema.*) Señoría...
- OLÓZAGA.— Modestia aparte, Luisito es de mi confianza, que lo sepas... Ahora, si crees que yo voy a venderle es que me tomas por uno de éstos de tu calaña...
- CHICO.— (*Inclinándose.*) Por Dios, excelencia...
- OLÓZAGA.— No me ofendas, si no quieres que mis lacayos te calienten los lomos a latigazos...
- CHICO.— Un servidor, excelencia, no hace más que cumplir con su deber, y no se hubiera atrevido a molestarle si el asunto en cuestión no afectara al buen orden del Reino...
- OLÓZAGA.— (*Tomando de una cajita una pizca de rapé y estornudando.*) ¡Ya...!, te conozco bien, pillastre, y sé por dónde vas. No me asustas, y antes

vas a caer tú en mis garras que yo en las tuyas. Los tiempos están cambiando y bien lo sabes...

CHICO.— Pues ahí está, que por esos cambios no conviene que Candelas ande campando por las suyas...

OLÓZAGA.— Más vale Candelas que el pretendiente Carlos, tu amigo, que viene sobre Madrid...

CHICO.— Buen servicio nos podía hacer Candelas, excelencia, en ese respectivo...

OLÓZAGA.— (*Alzando la mano.*) ¿Quieres ver cómo te abofeteo? ¿Cómo te atreves a decir «nos»? ¿De cuándo me voy yo a emparejar contigo para nada, granuja, bergante...?

CHICO.— Está bien. Pégueme usía... Pero tenga en cuenta que a un padre de familia le vendría muy bien el precio del rescate... Y que no olvidaría a su benefactor. La cantidad no es nada... despreciable...

OLÓZAGA.— (*Que no se irrita ante este sutil soborno, sino que se va a mirar al espejo y se arregla el peinado.*) ¡Hola!..., naturalmente que yo, como cualquier otro, no deseo otra cosa que el bien de estos reinos y limpiarlo de la canalla que lo habita. Eso no tenéis ni que dudarlo. Hay muchos chupasangres que nos tienen acosaos y...

CHICO.— (*Avanzando temerario.*) Por eso, por eso..., por la seguridad...

OLÓZAGA.— Pero, desgraciadamente, yo poco puedo ayudarte, salvo que tal vez podría hablar con el ladronzuelo ese y llegar a cierto acuerdo...

CHICO.— Mismamente eso, señor... Eso es lo que... Mire que yo tengo Madrí bien vigilao. Pero ese «gato» se escabulle por todos los agujeros...

OLÓZAGA.— (*Contoneándose un poco maricuela.*) No sé, no sé..., ¡ay, no sé...! Por una parte está el servicio a la Corona y por el otro el corazón, que le traiciona a uno. Malos tiempos éstos...

CHICO.— Y tan malos...

OLÓZAGA.— ¡Y tan malos! (*Dubitativo y con la mano apoyada en el mentón, como un «penseroso», va a un rincón y tira de un cordón.*) Podemos tomar el té y hablar despacio...

CHICO.— (*Una gran reverencia.*) Excelencia...

OLÓZAGA.— (*Cambiando totalmente de tono.*) Puede usted tomar asiento. Acomódese... (*Le indica otro sillón y se disponen a hablar amigablemente.*)

DUODÉCIMA ENTREGA. LA CONDICIÓN SERVIL

Donde conocemos a los tipos miserables que causarán la desgracia de nuestro héroe.

Tertulia de criados en la cocina de la casa de Don Luis de Zambrano, carrera de San Jerónimo. Son dos los contertulios: uno de ellos es MARCELINO, ya conocido anteriormente, con sus patillas de boca de hacha, sus bucles moriscos, su aire de bandido camuflado. Ahora se encuentra sentado, con un pequeño delantal de su oficio, limpiando unas botinas femeninas, de fina piel, que cepilla cuidadosamente, cariñosamente, echándoles de vez en cuando una salivilla. El otro es un gordo, adiposo, calvo, cuarentón, vestido con un chaleco mugriento, que deja caer sus gordas posaderas sobre una banqueta. En otra banqueta hay una botella y dos vasos de vino. En la cocina hay una campana que de vez en cuando da un tintineo, sin que ninguno de los dos se inmute.

MARCELINO.— (*Escupiendo en las botinas a la vez que cepilla.*) Tú, tranquilo,

Beni. No te acalores...

BENI.— Entuavía tengo que hacer un montón de mandaos...

MARCELINO.— Que esperen...

BENI.— Tú sí que vives bien, Marcelino...

MARCELINO.— (*Volviendo a echar otro escupitajo en las botinas.*) Hombre... no me puedo quejar, compare... Ya lo ves. Al señorito sólo le veo de Pascuas a Ramos. La señorita es una desgraciá... (*Señalando el campanón.*) Ya lo ves, llama y como si na. Se conforma de seguía... Hago lo que me sale de los cataplínes. ¡Amos, que soy el amo, ni más, ni menos...!

BENI.— Ya, ya. Y, sin embargo, ¡yo, juu!, aperreo tol día, Marcelino. Echando el bofe...

MARCELINO.— (*Maliciosamente.*) Hombre, ser el lacayo de la modista e la Reina tamién tie su aquel...

BENI.— (*Retorciéndose en la banqueta.*) ¡Cagüen la modista y en la Reina...! ¿Te joe? Pa ganar cuatro reales y encima tener que aguantar a ese tirano...

MARCELINO.— Pos tamién yo le iba a aguantar...

BENI.— Joer... La señora, la modista e la leche, no ve más que por sus ojos. Por los de él y por los de ella, que si el uno es malo, la otra... pa qué icirte, como catalanes que son... Mía que he aguantaos mayordomos malos, pero como éste, ninguno. Y además su señora, mal garrotillo la diera, que paece una tarasca. Y a luego con tanta tía que va a probarse y a... lo que sea y venga «Beni, ven aquí», «Beni, trae esto», «Beni, trae lo otro»...

MARCELINO.— (*Filosófico.*) Así es la vía, paisanete, y los que hemos nació pobres no tenemos más remedio que servir...

BENI.— Lo que es yo... Mía que he tenío mala suerte con los amos, oye. No me ha salío ni uno güeno, oye. Primero aquel del Resguardo que me mataba de hambre, a luego el de la Hacienda, que sí me daba de comer, pero que me arrimaba ca tollina que no veas. Luego tuve otro que me daba las dos cosas: hambre y palos. Y ahora la modista esta, con esa pareja negra que me llevan por la cae la Amargura... Amos, hombre, que no es vía, que no es vía...

MARCELINO.— El dar con un amo güeno es como el que le toca la lotería. Igual. Pa uno güeno que haiga, los demás son látigos negros. Ahora, yo sí he tenío suerte. Beni, lo mismo que te digo una cosa te digo otra. Este don Luis es un santo y ella, ya te digo, no habla por no ofender. Ni me han levantaos la voz, cuanti menos pegarme... Un santo varón es el amo. Y además no le veo casi nunca con el aquel de la política, con que...

BENI.— Pos lo que ties que hacer es que te dure, porque si no...

MARCELINO.— Anda que por mí salen nietos con levita...

BENI.— (*Echándose un vaso de vino y rociándose la pechera ya sucia de goterones sangrientos.*) Ya no aguanto más. Marcelino, que voy a cumplir los cuarenta y no me sale e los güevos morirme e lacayo...

MARCELINO.— (*Maliciosamente.*) Pos como no juegues a la lotería...

BENI.— Me echo a robar, fíjate...

MARCELINO.— Como Candelas...

BENI.— (*Arrobado.*) Candelas, ése sí que...

MARCELINO.— (*Iluminado.*) Pos mira, poías empezar por la casa e tu ama, que ésa, siendo lo que es, na menos que la modista e la Reina, debe tener güen gato encerrao...

BENI.— ¿...sa? Tie las onzas de oro y las alhajas a cientos. ¡A cientos!... Pero a miles, que sé yo...

MARCELINO.— (*Que ha dejado de cepillar.*) Fíjate, claro..., si cobra por un vestío como ése que has traío pa la señorita una cantidad así, lo que cobrará a la Reina...

BENI.— Y yo ganando tres reales...

MARCELINO.— Pos ahí ties por donde empezar...

BENI.— Sí, ¡ah!..., a güena parte. Lo tie bajo siete candaos. Y con la pareja esa que no pierden ojo. Por ahí, imposible...

MARCELINO.— (*Muy sibilino.*) Pos anda que si llegara a ojos del Candelas, verías como...

BENI.— Si por mí fuera. Amos, si el Candelas viniera a casa, le ponía alfombras a la puerta, ya te igo...

MARCELINO.— Les estaría muy bien: a ella por tacaña y a los serviles esos por desgraciaos. Amos que...

BENI.— A ése le... Me dan ganas muchas veces de coger un hacha y partirle la chola...

MARCELINO.— (*Llenando los vasos.*) Déjate de hachas. Sacarles los cuartos. Eso...

BENI.— Sí, pa soltar las llaves ésos...

MARCELINO.— ¡Huy!... si las soltaban. Pos sí que no hay maneras de que suelten las llaves...

BENI.— (*Animándose.*) Pos mira que el Candelas o cualquier otro se forraba, en ca la modista se forraba. Te lo igo yo, paisanete, que se forraba. Si aquello es un tesoro. Yo lo sé porque lo veo. ¿No ves que allí tos los días entra el dinero? Güeno, y a luego a pieles, sedas y to eso; pa qué icirte...

MARCELINO.— Mía que les estaría bien que se lo...

BENI.— Si por mí fuera...

MARCELINO.— (*Muy celestinesco y ofreciéndole otro vaso de vino.*) Ya sabes eso de que Luis Candelas corre que corre y vuela que vuela... Pues si llegara a sus oías, y mía que tie oíos en toas partes ése, a lo mejor se le ocurría hacer una visita a tu ama...

BENI.— (*Muy entusiasmado.*) Pos mira, Marcelino, que ya poía contar conmigo pa lo que fuera, por éstas, (*Jura con los dedos en cruz, besándolos.*) como me llamo Benito Camacho...

MARCELINO.— Si quies algún día dejar de servir..., o eso, o que te toque el premio gordo e la lotería...

BENI.— (*Ensañando.*) Poer dejar de servir... Y casarme con una gachí a la que ya tengo echá la pupila y tener una casa y ser el amo...

MARCELINO.— (*Suspirando.*) ¡No ices tú na...! Y oye: aparte de tú y los dos, ¿qué otra servidumbre hay en la casa?

BENI.— (*Enfurecido.*) Nadie más. Yo y esos marranos. Y las chicas que van a coser. Pero yo pa to, Marcelino, pa to: pa limpiar los pericos y orinales por la mañana, que éstos cagan más que una maná e vacas, yo pa traer el agua, yo pa llevar los mandaos, yo pa fregar, yo pa la leche puta que marmaron... Por eso te igo que...

(*Suena la campanilla de nuevo.*)

MARCELINO.— ... Ésa no hace más que tocar la campanilla hoy: debe tener reuelto el chichi... (*Se ríe y el otro lo acompaña en la risa de conejo.*)

BENI.— Los domingos es cuando no hay naide en la casa. Amos, quieo decir que no hay chicas, que el ama recibe alguna visita y es cuando to está tranquilo...

MARCELINO.— (*Muy artero.*) El domingo...

BENI.— Y la puta pareja esa a veces salen y se quea el ama sola...

MARCELINO.— Pero ¿tú estás en la casa?

BENI.— ¡A ver!... Si yo no libro nunca...

MARCELINO.— (*Llenando de nuevo los vasos.*) Anda, toma otro vaso..., amos a terminar la botella...

BENI.— (*Muy contento.*) Este vinillo pega, oye... Pues eso que te decía... Un domingo, entra uno bien bragao...

MARCELINO.— Tú le abres la puerta...

BENI.— (*Recapacitando un poco.*) Hombre...

MARCELINO.— ¿Qué? ¿Ahora va a resultar que eres un criaio fiel tratándote tan mal?

BENI.— Quia, quita allá... Claro que abro. Amos, y ya te digo, una alfombra en la puerta pal que entre con esas intenciones...

MARCELINO.— (*Entrando en funciones de gran Celestina.*) Ya ves tú... Con un poco de suerte te cubrías el riñón y pa vivir tranquilo los años que te quean, fundando un hogar, con una mujer, unos hijos... (*Suspira.*)

BENI.— (*Colorado ya de trasegar vino.*) Y un criaio, tener un criaio...

MARCELINO.— O dos...

BENI.— (*Salivoso y vengativo.*) Un criaio, tener yo un criaio y ser el amo. Verías, Marcelino, lo que le iba a hacer pasar. To lo que me han hecho pasar a mí. Ni más ni menos. Le iba a llevar más tieso, oye... Iba a ver quién es el amo.

MARCELINO.— Claro. Fíjate, podías retirarte a un pueblo, a tu pueblo y tener eso, un criaio...

BENI.— Y no tener que estar toa la vía sirviendo y llevando palos...

MARCELINO.— No hay na más bonito que eso... Tener un hogar, una familia y ser el amo...

BENI.— Y hacerse respetar...

MARCELINO.— Hombre...

BENI.— Un güen vergajo a mano y si no cumples, zas, zurriagazo, como a nosotros... (*Relamiéndose de gusto.*) ¡Ojú...!

MARCELINO.— Ahora con el aquel del progreso ya no se pue zurrar a los criaos...

BENI.— (*Escupiendo por el rabillo de la boca.*) ¡Bah..., cuentos! Pos anda que no hay amos entoavía que calientan a los lacayos. Que me lo igan a mí.

MARCELINO.— (*Que ha terminado de lustrar las botinas, las coloca juntas en el suelo.*) Mía qué cosa más bonita, Beni. Qué piececitos tie la señorita. ¡Si vieras! Y tie un culito tamién... Yo se lo he tocao más de una vez, ¿sabes?

BENI.— (*Riéndose.*) Tú eres más castizo, oye...

MARCELINO.— Yo tamién quiero liberarme, no creas, porque manque esté mu bien con mi amo, don Luis de Zambrano, no quieio pasarme toa la vía limpiando orinales y aguantando a las cocineras...

BENI.— Pero tú eres mozo entoavía y pues tirar, pero yo casi en los cuarenta...

MARCELINO.— (*Dándole golpecitos en la espalda.*) Tú ties que tirar por la cae en medio ahora mismo. Si no, te pudres y acabas en San Bernardino...

BENI.— ¡Güeno!..., lo que es eso...

MARCELINO.— Pues ya pues echar mano a la obra, porque si no...

BENI.— Que venga, que venga, que venga Luis Candelas...

MARCELINO.— *(Al oír que suena otra vez la campana y de una manera muy perentoria.)* Güeno, tú, tendré que ir a ver lo que quie ésa...

BENI.— *(Levantándose.)* Yo tamién me voy, que entoavía tengo to por hacer. Que me echan, tú...

MARCELINO.— No, oye, que no te echen ahora... ¡Pos mía que si te echan...!

(Cuando se dirige MARCELINO a la puerta de la cocina se oye una voz que dice: «Ave María Purísima... ¿Dan permisú?» y aparece en la puerta aquel POLIZONTE que estaba vestido de aguador y que ahora viene vestido con un trajecito de pana, faja granate, muy correcto, como un muchacho recién llegado a los Madriles.)

MARCELINO.— *(Observando de arriba abajo al recién llegado, que se mantiene con la gorra de hule en la mano.)* ¿Qué se ofrece, amigo?

POLIZONTE.— Que me ha dicho la señorita, amus el ama, que me presentara al mayordomu...

MARCELINO.— ¿Te lo ha dicho el ama? ¿Es que te tengo que dar algo?

POLIZONTE.— No, señor. Que me ha dichu la señurita: «anda y ve a la cucina y el mayurdomu te dirá cuál es tu obligación...» *(Y el chico sonríe enseñando unos dientes de caballo.)*

MARCELINO.— *(Muy satisfecho, estirándose, poniéndose muy prepotente, guiñando un ojo al BENI, que observa atentamente al recién llegado.)* ¡Ah, vamos...! Tú vas a ser el nuevo lacayo que ha pedío el señorito...

POLIZONTE.— La fija, sí, señor...

MARCELINO.— *(Le mira de arriba abajo, escupe por el rabillo de la boca y le observa bien como a un objeto de su propiedad.)* ¿Y cuál es tu gracia, majo?

POLIZONTE.— *(Puesto casi en actitud de firmes.)* Celedonio Lavajos y Mosquete, pa servir a Dios y a usté...

MARCELINO.— *(Muy inquisitorial.)* ¿Y de aónde eres?

POLIZONTE.— De Santibáñez del Puerto, en la provincia de León...

BENI.— *(Interviniendo de pronto.)* ¿Verdá que eso está por La Maragatería, mochacho?

POLIZONTE.— Pa esa parte, señor...

BENI.— Es que tu cara me resulta familiar, oye... ¿Tú no estabas de aguador en la fuente el Prado?

POLIZONTE.— (*Muy artero.*) ¿Un servidor? Si acabo e llegar del pueblu, comu aquel que ice...

BENI.— (*Al Marcelino.*) Pos juraría, oye, que te he visto por ahí con la cubeta d'agua al hombro... Amos, no quisiá engañarme...

POLIZONTE.— Comu no sea un mi hermanu, que ése sí que es aguadur...

BENI.— (*Muy satisfecho.*) ¿Lo ves?

POLIZONTE.— El mi hermanu, sí, señor. Que es el que me ha mandau a esta casa y que habló con el señoritu la semana última y por esu es el venir, que me diju «anda y ve a cal señoritu Zambranu, porque comu...».

MARCELINO.— Güeno, güeno, ya está, ya está... Si el señorito te manda y si ya has hablao con la señorita...

POLIZONTE.— Y me ha dichu: «anda y preséntate al mayurdomu en la cucina», y por eso...

MARCELINO.— (*Que se ha sentado en plan de amo y observa al pretendiente con severidad.*) Amos a ver, mochacho, si nos entendemos. ¿U séase que no has servío nunca en una casa e Madrí, u qué?

BENI.— ¿Cómo quies que haiga servío si ice que acaba e llegar?

MARCELINO.— (*Volviéndose al BENI.*) ¿Tú no te ibas, Beni?

BENI.— Sí, claro, digo... Ya tenía que estar... ¡Ojú!... Se me va el santo al cielo. Ahí sos queáis... Hale, mochacho, suerte...

MARCELINO.— Ya sabes dónde está la puerta... (*Sale el BENI y el MARCELINO se estira en su silla, en plan amo, se sirve un vasillo de vino, lo bebe, sin ofrecerle al otro.*) Pos si no has servío nunca en Madrí, rapaz, no sé cómo vas a apañártela...

POLIZONTE.— Pos verá usté, un servior, comu ha vivío en lu del campu, pus eso...

MARCELINO.— Ya..., tú entiendes de vacas, de cerdos...

POLIZONTE.— (*Con risa caballuna.*) Y de gallinas y tu esu, vaya...

MARCELINO.— Sí, pues igualito que lo que ties que hacer aquí mismamente... Igualito... ¡Míá tú que...!

POLIZONTE.— Un servior sabe ser bien mandau y cumplir lu que le manden...

MARCELINO.— (*Escupiendo por el rabillo de la boca.*) Pero es que yo, que soy tu principal, no estoy pa enseñar al que no sabe, ¿entiendes?

POLIZONTE.— Sí, señor...

MARCELINO.— Aquí hay que hacer cosas que... El señorito no está casi nunca y a la señorita no se la pue molestar...

POLIZONTE.— Lo que usted mande, esu se hará...

MARCELINO.— (*Que está orando de satisfacción.*) Ya veremos, ya veremos, mochacho. A ver cómo te quitamos el pelo e la dehesa. Te va a costar aprender...

POLIZONTE.— Naide nace enseñáu...

MARCELINO.— Pus poía haberte enseñao tu tía la del pueblo, niño... A cualisquiá hora, de ser yo el amo, te cojo habiendo tantos en Madrí sabiendo ya su obligación...

POLIZONTE.— Ya ve usted...

MARCELINO.— Pero el que manda, manda... Y si la señorita ha dicho...

POLIZONTE.— Y el señorito...

MARCELINO.— Ya les diré yo... Güeno, de momento, lo que hace falta es eso, que seas bien mandao...

POLIZONTE.— Sí, señor...

MARCELINO.— Porque yo no te vaya estar repitiendo las cosas, como comprenderás, yo no vaya ser reló de esos de repetición, u séase, que sólo digo las cosas una vez, porque a la segunda te lo digo en las costillas con unas güenas correas que tengo ahí...

POLIZONTE.— (*Sonriente.*) Nu se preocupe, que de esu entiendo lo míu...

MARCELINO.— (*Que se ha quitado el delantal y se lo ofrece.*) Anda, ponte eso y amos a ver cómo fregas el suelo y a luego cómo limpias los orinales...

(El chico se pone el delantal. Se transforma en un lacayo al instante.)

MARCELINO.— Ese suelo (*Le pone delante cubo y bayeta.*) me lo dejas como un espejo...

POLIZONTE.— (*Arrodillándose y poniéndose a la faena.*) Va usted a ver... (*Empieza el fregoteo y en seguida se pone a cantar.*) «Una noite-na era do trigo...»

(MARCELINO bosteza satisfecho. Estira los brazos. Observa el trabajo del lacayo sin sospechar lo que ha metido en casa.)

DÉCIMOTERCERA ENTREGA. EL ROMANCE DE LUIS CANDELAS

Donde vemos cómo Madrid ardía de coplas, romances y aleluyas a propósito de nuestro Luis Candelas.

Madrid arde de pasión en este otoño del año de gracia de 1837. El pretendiente don Carlos de Borbón ha conquistado Arganda y amenaza conquistar la capital del reino, regida por doña María Cristina de Nápoles, casada en secreto con un hijo de cierta estanquera de Tarancón. Los devaneos amorosos y secretos de la reina impiden que se ocupe de los negocios de Estado, entregada a una panda de pillos ministros que se aprovechan del secreto de la reina para hacer su antojo. Esta situación llega intuitivamente hasta el pueblo bajo madrileño, que ha nombrado secretamente rey a LUIS CANDELAS. En efecto, LUIS CANDELAS es el rey de Madrid y de España entera. Su nombre corre de boca en boca, su vida anda en coplillas, sus hazañas se agigantan, se exageran. Desde la Puerta de Toledo hasta los altos vallecanos, desde los Carabancheles a las Peñuelas, pasando por Maravillas, Madrid se enciende de luces con el nombre de CANDELAS, quien luego de robar, nada menos que a doña Vicenta, la modista de la reina napolitana, fue apresado, juzgado y condenado a muerte en garrote vil. Entre el frío primerizo de estos primeros días de noviembre del año, resuena el nombre de LUIS CANDELAS entre rumores de guitarra y palillos. Una CHICUELA (consumida por el hambre, pelona por efecto del cólera sufrido) canta acompañada de un CIEGO GUITARRERO.

Luis Candelas, Luis Candelas
 corre que corre
 vuela que vuela...
 Madrí te está buscando por todas partes

y el pueblo entero quiere guardarte...
 Debajo de mi manto quiero ponerte
 y entre los barrios bajos luego perderte...
 Ven a mi vera, ven a mi vera,
 que yo te entrego mi vida entera...

(La CHICUELA pide limosna y los viandantes le echan un buen puñado de modernas. Luego corean la copla.)

CORO.— Ay, Luis Candelas, ay, Luis Candelas,
 corre que corre, vuela que vuela,
 contigo va mi suerte,
 yo quiero verte,
 y en lo más alto
 voy a ponerte...

LA CHICUELA.— Madrí te está buscando por todas partes
 y el pueblo entero quiere guardarte...
 Mira qué pena, mira qué pena
 que han preso al más valiente,
 mi Luis Candelas...

(Ahora es un saloncillo rococó y cursi donde, ante un piano que suelta notas de romance antiguo, una señorita cursi y refinada, con aire diabólico, está recitando un romance de su cosecha ante los oídos veladamente cómplices de una reunión «progresista» de damas y caballeros de alcurnia.)

LA POETISA.— No se detuvo ante el trono,
 ni tampoco ante el altar,
 porque en su gran corazón
 la semilla liberal
 hondamente germinó...
 La modista de la reina
 un buen susto se llevó

desde que lo viera entrar...
Pero él la dijo: «señora,
es que quiero regalar
unos abrigos de pieles,
y usted tiene por demás...»
Y las vistió de princesas
a las mozas con su ajuar
¡Ay, valiente Luis Candelas,
quién te pudiera besar
y por la sierra de Gredos
a tu grupa cabalgar!

(Se va oscureciendo la voz de la POETISA y el piano, entre susurros cortesanos de damiselas que dicen: «Oh, mon Dieu, qué atrevimiento», «oh, picarona» y cosas así... Ahora es un grupo de bigardos y jayanes de la garlopa que por el barrio de Lavapiés, visitando tabernuchos, evocan la sombra de LUIS CANDELAS sin temor a la recién creada guardia real por la reina Cristina.)

Mecagüen Cristina,
mecagüen su madre,
mecagüen su hija,
mecagüen la manta
que las cobija,
la puta madre, la puta hija,
la puta reina,
la puta manta
que las cobija...
Dijo Candelas
en alta voz,
y el que lo niegue
es un cabrón...

(Ahora los que aparecen en la escena son cuatro pasmarotes políticos, cuatro PROHOMBRES de la corte, sentados en sendos sillones dorados. Tal vez podamos reconocer

entre ellos a aquel don SALUSTIANO OLÓZAGA, a aquel don JAVIER ISTÚRIZ, etc. Cuatro hermosos sepulcros blanqueados que juegan la carta liberal presentada por la maligna reina italiana para encubrir su morganático matrimonio.)

PROHOMBRES.— *(Con gran solemnidad.)*

Hemos proclamado la Constitución
la Constitución, la Constitución, la Constitución...
La defenderemos con toda pasión,
no permitiremos su conculcación...

PROHOMBRE 1.— Sí, señor... Achiss... *(Estornuda.)*

y teniendo en el trono a una viuda,
y madre además,
siendo caballeros, como semos todos,
no permitiremos su avasallamiento,
máxime cuando hay a la puerta un traidor
que quiere volvemos a la Inquisición...

PROHOMBRE 2.— ¡La pobre Borbona,

la pobre viudita
de aquel rey felón...!

PROHOMBRE 3.— Por eso, señores, sintiéndolo mucho

y aunque Luis Candelas nos haga tilín
hemos decidido unánimemente
que vaya a ponerse un buen corbatín...

PROHOMBRE 4.— Los tiempos modernos

no han de permitir
que «haigan» bandoleros
en pleno Madrid...

TODOS.— *(Muy enérgicos.)*

Hemos proclamado la Constitución,
la Constitución, la Constitución, la Constitución...

La defenderemos con todo rigor.
no permitiremos su conculcación...

PROHOMBRE 1.— No, señor; no, señor; no señor...
¿Por qué ese pillastre en vez de robar
a una modista o a un Oidor de paz,
no entra en los negocios
de la Bolsa, el Banco, la cosa fiscal
como cualquier otro
solvente y legal?

PROHOMBRE 2.— ¿Va a comprometernos con sus trapicheos
de bajo andurrial
a los que, patrióticos,
queremos llevar
la patria dolida
a un alto ideal?

PROHOMBRE 3.— ¿Quién va a permitir
que el orden interno
de todo Madrí
se alborote y cunda
por un malandrín...?

PROHOMBRE 4.— Esto ya es Uropa,
no un manchego y ruin
poblachón inmundo,
como fue hasta aquí...

TODOS.— O sea que hay que ponerle
un buen corbatín, un buen corbatín,
un buen corbatín...

PROHOMBRE 1.— Presume de guapo...

PROHOMBRE 2.— Ese cabezón...

PROHOMBRE 3.— Dice que las hembras...

PROHOMBRE 4.— Se le dan así...

PROHOMBRE 1.— Y que fue tan pogue...

PROHOMBRE 2.— Y masón que es...

PROHOMBRE 3.— Cuando lo que es...

PROHOMBRE 4.— Un ratero vil...

TODOS.— No, señor, no podemos eso permitir.
Hemos proclamado la Constitución,
la Constitución, la Constitución, la Constitución...
La defenderemos con el corazón,
con toda justicia con todo rigor...
Así que a ese Luis,
le hemos de poner
ese corbatín,
que el rey don Fernando
trajo de París...

PROHOMBRE 1.— (*Haciendo pucheritos mimosos.*)
Estando en el trono una viuda...

PROHOMBRE 2.— (*Ídem.*) Tan frágil mujer...

PROHOMBRE 3.— (*Escandalizado con aire de beata.*)
¡Madre de familia...!
¡No, no puede ser...!

TODOS.— La pobre Borbona,
mujer liberal...
¡A ese Luis Candelas
hay que ajusticiar...
hay que apiolar,
hay que agarrotar...!

DÉCIMOCUARTA Y ÚLTIMA ENTREGA. EXITUS

El pobre Luis Candelas termina en el garrote vil por culpa de los liberales y del secreto matrimonio de la reina Cristina.

Ha llegado la última hora del ladrón más castizo de los Madriles. En el rastrillo de la cárcel del Saladero se dispone a salir camino del patíbulo, sabedor ya de que la reina ha hecho oídos sordos a su carta pidiendo clemencia. Como dicen las crónicas: CANDELAS se ha reconciliado con Dios, ha reconocido sus faltas, se despide humildemente de los HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD que le acompañaron en la capilla, del SACERDOTE, etc. Efectivamente, ante la gran reja que está a punto de abrirse, CANDELAS va abrazando a todos –sombras atribuladas en fingida actitud solemne–, mientras los presos dentro empiezan a entonar suavemente la salve.

CANDELAS.– *(Abrazando a los que le rodean.)* He sido un ladrón, no lo niego. He robao, tampoco lo niego...

SACERDOTE.– No pienses ahora en eso, hijo...

CANDELAS.– Pero puedo decir con la frente bien alta que no he vertido sangre alguna. Eso lo saben todos...

SACERDOTE.– Todos, hijo, todos... Ahora contéplate en esta imagen... *(Le presenta el crucifijo.)*

CANDELAS.– Fui leal con mis amigos, repartí lo que tuve... *(Alzando las manos.)* y mis manos están limpias de sangre...

SACERDOTE.– *(Poniéndole el crucifijo en los labios.)* Y tu corazón, tan limpio como tu sangre...

CANDELAS.– *(Yendo hacia el TUERTO, que está gimoteando en un rincón.)* Tuerto, oye, da esto al maestro Lucas, pa que se convide a mi salud...

(Le entrega una bolsa con monedas.) Y esto otro *(Va soltando todo el dinero que lleva.)* pa los compañeros que se quedan aquí, en la angustia...

(Tintinean las monedas en la mano del TUERTO mientras la salve entonada por los presos llega lejana.)

TUERTO.— Hijo, hijo mío, yo que te vi nacer como quien dice...

CANDELAS.— *(Colocándose frente a la puerta.)* Al fin voy a salir y ver de nuevo, *(Volviéndose a los que están detrás.)* aunque sea por última vez, aunque sea por última vez, sí, el cielo de mi Madrí, la gente de mi Madrí, las calles hermosas de mi Madrí... *(Vacila, la emoción le vence y acuden los HERMANOS DE LA PAZ Y DE LA CARIDAD.)*

HERMANO 1.— Y Madrí no te olvidará...

HERMANO 2.— Tú eres Madrí...

CANDELAS.— *(Que se ha rehecho y se pone tieso y solemne.)* Amos pa allá, señores, que en la Puerta Toledo nos esperan... ¡Abur...!

(Pero en el momento en que se van a abrir las rejas, aparece una sombra blanca, angélica, una especie de hada, que lleva las manos encadenadas y tintinean como cascabeles. Va custodiada por dos carceleros. Es MARÍA MANUELA.)

MARÍA MANUELA.— *(Abrazándose a él y pasando las cadenas por el cuello de CANDELAS.)* ¡Luis! ¡Mi Luis! ¡Mi Luis Candelas! ¡Mi Luis Candelas! *(Volviéndose radiante a todos.)* ¡Es mi marido, el mío y de nadie más!

(Hay murmullos emotivos, etc. CANDELAS, abrazado a ella, está a punto de llorar.)

CANDELAS.— *(Pasándole la mano por el cuello.)* Este cuello, este cuello de cisne que no lo toque nadie, que no lo toque nadie, que no lo toque nadie... El mío sí, pero el tuyo nunca...

MARÍA MANUELA.— Nadie lo ha de tocar, más que tus manos, tus hermosas manos *(Besa las manos de CANDELAS. Al oír esto, MARÍA MANUELA esta-*

lla en tremendos sollozos. Tienen que acudir a separarla.) Nos veremos. Volveremos a vernos... en alguna parte...

SACERDOTE.— En el cielo, hijo...

(La MARÍA MANUELA empieza a lanzar ayes de plañidera.)

CANDELAS.— *(Haciendo un acto de suprema valentía, dirigiéndose a la puerta.)* Vamos ya, señores, no hagamos esperar al pueblo...

(Se abren las rejas y entra el enorme bullicio del gentío que apaga las últimas notas de la salve entonada por los presos. Ante la puerta está el serón arrastrado por un jamelgo, en el que llevaban a los que iban a ajusticiar.)

CANDELAS.— *(Mirando el serón.)* Hombre, así llevaba yo a mi gato cuando era niño. Arrastrándole en un serón... Me gusta...

TUERTO.— *(Sin poderlo remediar.)* Y pa gato, tú, el mejor gato e los Madriles...

CANDELAS.— *(Sentándose en el serón y mirando al cielo.)* Qué cielo tan bonito, madre mía... *(Estalla una salva de aplausos. Alza las manos y dice, mientras el serón va avanzando lentamente:)* Amigos, amigos, amigos... ¡Mirar estas manos, estas manos que no se han manchado de sangre, no se han manchado de sangre, nunca, nunca, nunca...!

(Estalla una algarabía de voces, de vivas a LUIS CANDELAS. Se oyen los restallidos del látigo que azuza a la mula, los gritos de los guardias que empujan a la plebe. Los presos vuelven a cantar la salve a gritos. El TUERTO llora. La MARÍA MANUELA está medio desmayada entre DOS GUARDIAS REALES.)

MARÍA MANUELA.— *(Entre los sollozos, hablando muy lentamente.)* ¡Era el rey de Madrí...! ¡Viva el rey de Madrí...!

(Estalla un clamoroso viva general y se hace el definitivo oscuro.)

